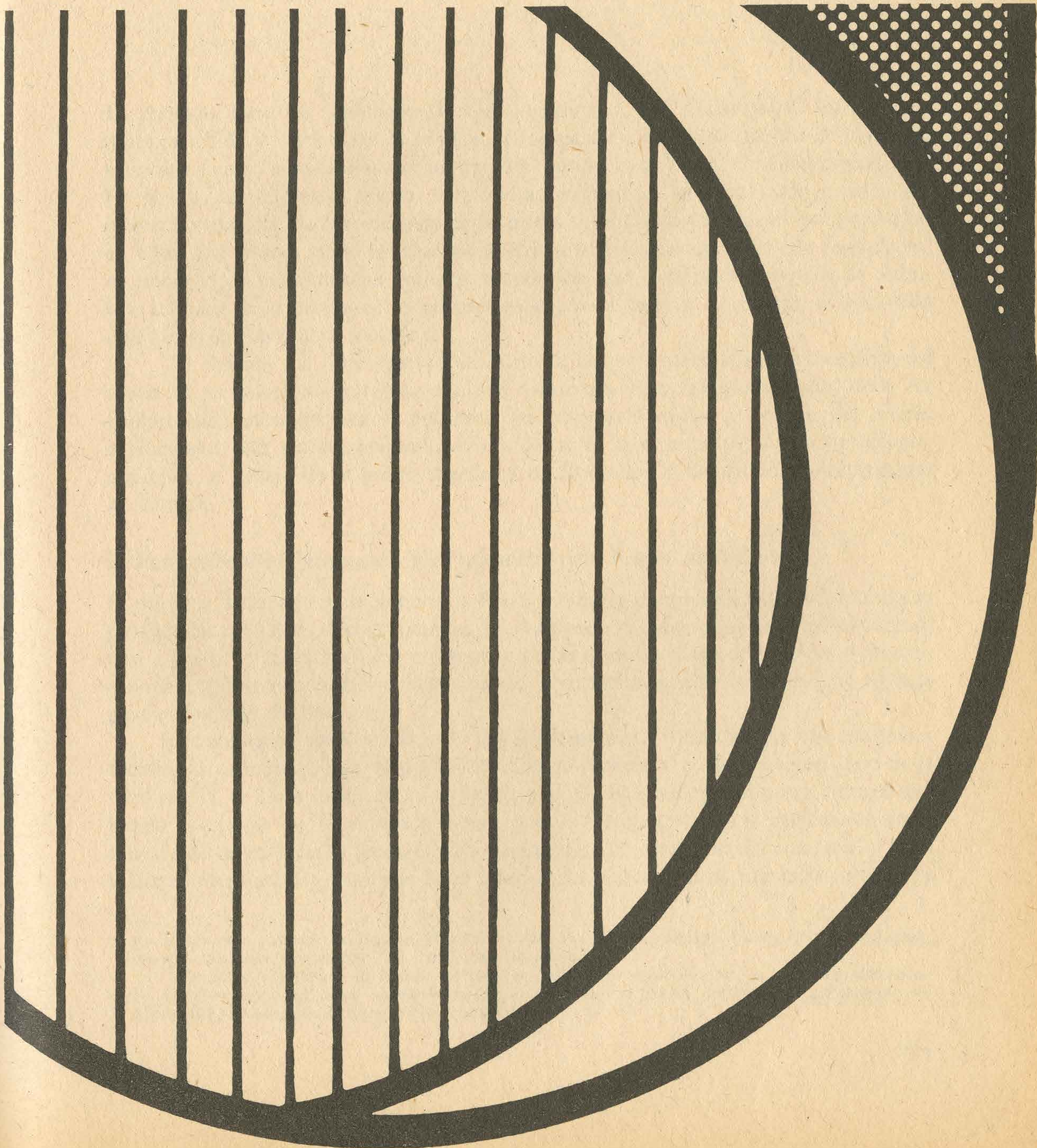


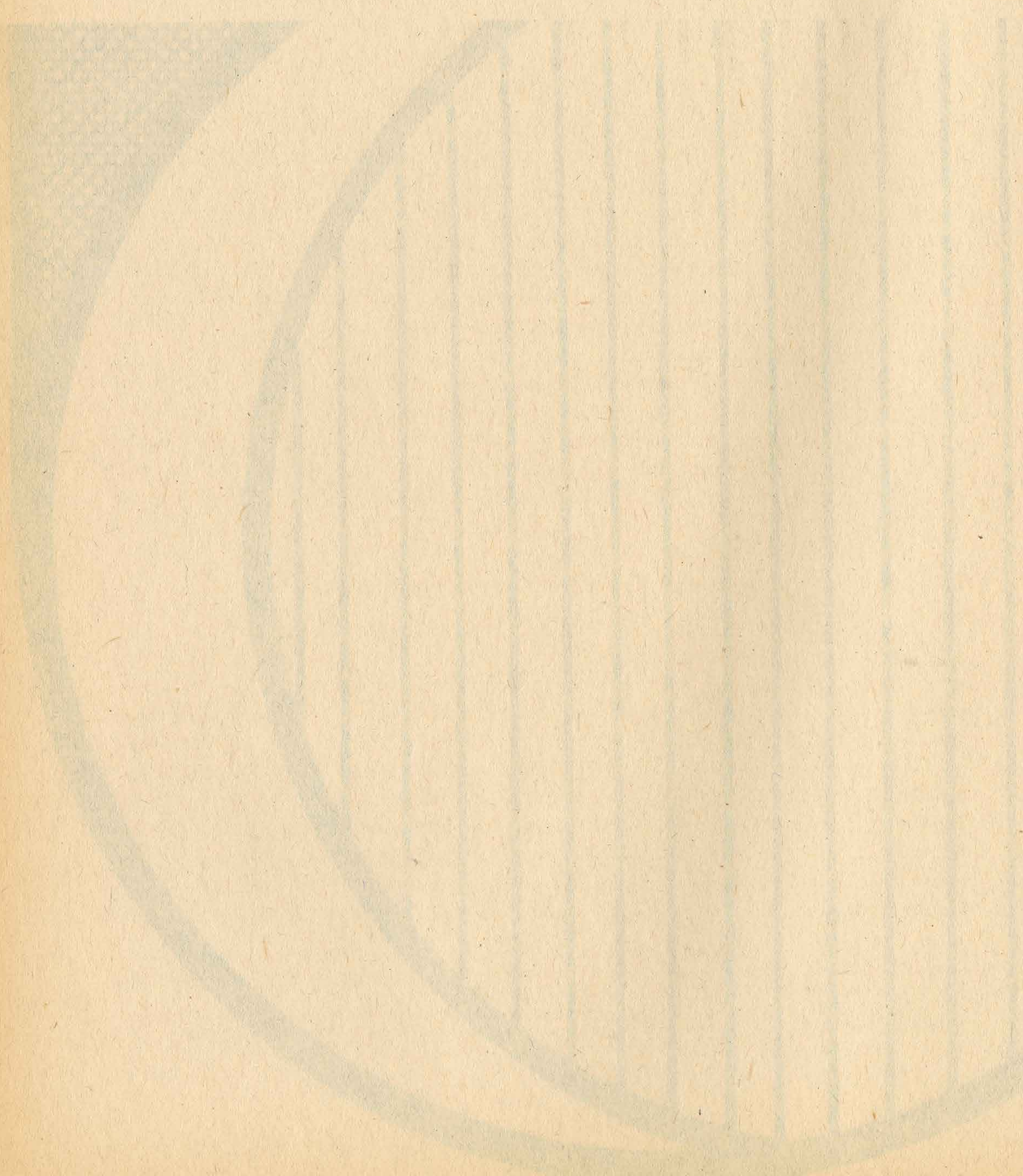
Biblioteca Clodomiro Almeyda

INTRODUCCION AL PENSAMIENTO MARXISTA

LUIS RAZETO



LA INDUSTRIA
ATELIERA DE MEMBRAS



III PARTE: DE "LA RIQUEZA DE LAS NACIONES" A "EL CAPITAL"*

La relación entre los fenómenos histórico-materiales y el desarrollo de las ideas, se muestra nítida y claramente al analizar la formación y desenvolvimiento de la ciencia económica en su vinculación con los procesos productivos y la historia del capitalismo. En efecto, las diferentes teorías económicas encuentran su explicación a partir del desarrollo material de los procesos económicos y de las clases sociales que participan en ellos. Del mismo modo las diversas doctrinas económicas que han sido formuladas, se traducen en determinadas políticas económicas que, reflejando intereses de clases, han influido en la propia actividad económica, acelerando o retardando el desarrollo objetivo y necesario de la sociedad.

"El Capital", la obra cumbre de Marx en la que expone la teoría científica del modo de producción capitalista desde el punto de vista del proletariado, debe ser comprendida entonces, en el contexto del proceso histórico y teórico del propio capitalismo; esto es, considerando la evolución de la economía política precedente, expresión y reflejo de la propia mecánica de formación y desarrollo del capitalismo en Europa.

La Formación del Capitalismo y los Fundadores de la Economía Política

El origen y desarrollo de la Economía Política está ligado a las vicisitudes del modo de producción capitalista. Las alternativas de esta ciencia se deben a los cambios de actitud, que a partir de las situaciones e intereses de las distintas clases sociales en el proceso económico, han tenido dichas clases frente al conocimiento de las leyes que rigen la producción y la distribución.

El capitalismo nació en el seno del feudalismo. La formación de una estructura económica capitalista, que vino a sustituir las estructuras feudales características de la edad media, se dio a través de un complejo proceso económico, político y cultural que hunde sus raíces en las contradicciones que se fueron gestando y agudizando en el interior de las sociedades feudales. Como resultado del desarrollo del comercio y de la industria artesanal fue surgiendo en el interior del régimen feudal, una nueva estructura

En el número anterior de nuestra Revista publicamos las dos primeras partes de esta Introducción: "¿Qué es el Marxismo?" y "De Hegel a Marx".

En próximas ediciones iremos entregando los capítulos siguientes. La intención del autor es ir exponiendo las ideas fundamentales del marxismo a través del estudio del proceso de formación y desarrollo de la teoría del proletariado.

económica y una nueva clase social —la burguesía— cuya actividad se desarrollaba en las ciudades o burgos medievales. Esta nueva organización económica, que permitía especialmente a través del comercio la formación y acumulación originaria de capitales en manos de la nueva clase, entró en conflicto con la estructura feudal en cuyo seno se desarrollaba.

En efecto, la ciudad entraba en contradicción con el campo feudalizado; la burguesía surgía en oposición a la nobleza feudal; el particularismo económico de autosubsistencia propio de los feudos, chocaba con la necesidad de constituir estados nacionales que favorecieran el desenvolvimiento del comercio y de la producción industrial; del mismo modo, contra los intereses de la burguesía emergente, se levantaba firme la barrera de la universalidad y catolicidad de la religión cristiana, con sus ideas éticas contrarias al comercio, el interés y el lucro, bases del capitalismo.

Esas contradicciones fueron haciéndose cada vez más fuertes. La burguesía, poderosa ya económicamente, carecía de los mínimos derechos políticos; la estructura política feudal le impedía crecer. Así, apoyada en las capas explotadas por los señores y en estrecha alianza con los trabajadores de la ciudad, y en algunos casos en convivencia con el poder Real que les garantizaba la unidad nacional, la burguesía encabeza una profunda revolución político-social que desplaza del poder a los señores feudales y su nobleza. Hace la llamada revolución burguesa, asumiendo el control del poder en los estados nacionales mediante formas de organización política, que van desde la república democrática hasta la dictadura militar pasando por regímenes parlamentarios con mantención de la monarquía. Rompe así las barreras del feudalismo y a través del nuevo poder político que detenta, impulsa el desarrollo de la producción capitalista. La gran revolución industrial es una de las manifestaciones de la liberación que vivieron las fuerzas productivas de la sociedad como resultado del cambio en las relaciones sociales.

Adecuación ideológica al nuevo mundo

Todo este cambio de sistema fue acompañado de transformaciones radicales en el plano de las ideas. La Reforma luterana rompió con la catolicidad religiosa impulsando iglesias nacionales; modificó asimismo ideas éticas tradicionales que se oponían al desarrollo de las formas económicas capitalistas, como el rechazo del préstamo a interés. El Renacimiento cultural de acento antropológico e individualista; el desarrollo del pensamiento liberal, racionalista y ateo; el impulso de las ciencias naturales positivas; y sobre todo el surgimiento de una nueva ciencia, la Economía Política, eran transformaciones profundas en la estructura ideológico-cultural que impulsarían el triunfo de las formas capitalistas de organización del sistema económico.

En la Edad Media, caracterizada por su economía feudal básicamente agraria y de autosubsistencia, no existía la Economía Política como ciencia. Era el Derecho Canónico el que regulaba el actuar económico de los hombres, a través de normas rígidas con fundamentos éticos. Con el surgimiento de las nuevas relaciones económicas capitalistas en el seno de la propia sociedad feudal, se echan las bases para una nueva racionalidad económica que habría de preceder al surgimiento de la economía política. Nos referimos concretamente al llamado “mercantilismo”.

El Mercantilismo

El mercantilismo no es exactamente una teoría económica, sino un conjunto de explicaciones y proposiciones que guiaron la conducta comercial y económica de los estadistas. Aparece en íntima vinculación con el fortalecimiento del capitalismo comercial. Era una formulación que expresaba los intereses de la burguesía mercantil, que necesitaba la formación de los estados nacionales y que presuponía la identificación entre los intereses mercantiles con los del estado.

Las ideas mercantilistas más importantes pueden resumirse así: la fuente de la riqueza de una sociedad está en su comercio; es en éste donde se produce la riqueza, la que conciben bajo la forma de dinero. Para ellos, dinero y capital son la misma cosa; quien tiene bienes debe venderlos y obtener así el dinero apetecido, que no se deteriora como los productos. Consecuentemente, la política de una nación debe consistir básicamente en resguardar su tesoro; evitar las exportaciones de oro, y cuidar que las importaciones de bienes no exceden del total del dinero que ingresa al país por concepto de exportación; es una política proteccionista. Para los mercantilistas, el excedente económico se produce en las actividades comerciales, en el proceso de intercambio y no en el de producción. Esta idea es perfectamente lógica si se tiene en cuenta que la concepción mercantilista corresponde a la ideología de la clase capitalista comercial, cuya actividad básica era precisamente el comercio.

La Fisiocracia

Junto al mercantilismo encontramos la "fisiocracia". Esta se formó especialmente en Francia en el siglo XVIII, y correspondió a una fase económica distinta. Estaba presente la lucha entre el capitalismo industrial y la economía agraria feudal que luchaba por mantener sus privilegios. Reflejando los intereses de la clase propietaria de la tierra y de los productores agrícolas se formulan las concepciones económicas de los fisiócratas.

Como todos los economistas se preguntan cuál es el origen de la riqueza de las sociedades, del crecimiento económico, y cómo se forma el excedente que se convierte en capital. Los fisiócratas, representantes de los intereses de los productores y propietarios agrícolas, sostienen que la riqueza no se forma en el proceso comercial sino en el de la producción, pero exclusivamente en el proceso de producción agraria. Afirman que la tierra es la fuente de toda riqueza, que es obtenida a partir del proceso de producción en el trabajo agrícola. Esta no era una idea arbitraria sino que reflejaba la conciencia de una clase; veían que el comercio sólo distribuye los bienes antes producidos; la producción artesanal sólo transforma los bienes ya producidos en el proceso agrícola, no generando por tanto nueva riqueza; sólo en el campo era mayor el resultado del trabajo que el punto de partida, produciéndose el excedente económico. En efecto, el total de las cosechas es superior al total de la siembra más el consumo de los campesinos.

Como los fisiócratas no distinguían el valor de uso y el valor de cambio, consideraban que la riqueza era directamente los productos en cuanto valores de uso, los bienes aptos para satisfacer las necesidades humanas.

De acuerdo con esta concepción distinguen dos tipos de trabajo, uno productivo y otro estéril, que determinaban la existencia de tres capas sociales. El productivo era el

agrícola y estéril el de los artesanos y comerciantes. Las dos clases activas eran los propietarios de la tierra, esto es, los terratenientes incluido el rey y su corte, y los agricultores que trabajaban la tierra en arriendo. La clase ociosa la constituían los artesanos y comerciantes. Entre estas clases se distribuía la riqueza, a través de un ciclo que mantenía y desarrollaba el sistema económico.

Los fisiócratas significaron un paso adelante sobre los mercantilistas desde el punto de vista de la teoría económica, al comprender que la riqueza se generaba en el proceso de producción y no en el de circulación, aunque no alcanzaron a entender su verdadero origen.

El Capitalismo Industrial Competitivo y la Economía Política Clásica

A partir del enorme desarrollo de las fuerzas productivas provocado por la revolución industrial, el capitalismo comercial dio paso a la estructura capitalista industrial competitiva, premonopolista. Era el período de triunfo del capitalismo sobre el feudalismo, de la burguesía sobre la nobleza, aunque subsistiría durante mucho tiempo la contradicción entre la clase terrateniente y la burguesía industrial. Al calor de ese conflicto y de la consolidación del modo de producción capitalista, la economía política, cuyas fuentes hemos reseñado brevemente, se consolida como disciplina científica.

La burguesía industrial que organizaba en las grandes ciudades modernas —sobre la base de la maquinización, de la utilización de fuentes energéticas insospechadas, de la aplicación sistemática de las ciencias naturales a los procesos productivos— una economía industrializada, necesitaba un cuerpo de teoría económica que explicando las leyes objetivas de la economía, le entregaran una guía de acción y una concepción coherente de la nueva sociedad. Esta teoría económica —denominada clásica— se formularía en primera instancia como expresión teórica de los intereses de la burguesía industrial.

La economía política clásica que tendría en Inglaterra su centro, no fue formulada en plenitud de una sola vez, sino a través de un largo proceso. Las primeras aproximaciones las encontramos en economistas tales como Sir William Petty, Cantillon, Sir Dudley North, Sir James Steuart, y David Hume. Ellos empezaron a explicarse la producción de la riqueza como resultado del proceso de trabajo. Petty formula que el trabajo es la fuente y la medida del valor, aunque reconoce a la renta de la tierra también la cualidad de generar riqueza. Estos economistas estudian los problemas del precio, del salario del trabajo, y de las leyes económicas del mercado, especialmente las variaciones que produce la relación oferta-demanda. En conjunto no constituyen una teoría totalmente coherente; pero estos economistas echaron las bases de la economía política clásica, y sus ideas fueron, además, importantes en la lucha de la burguesía industrial contra los terratenientes.

Sistematización de la ciencia económica

En la segunda mitad del siglo XVIII toma cuerpo, se sistematiza, y adquiere forma definitiva, la Economía Política clásica a través de las formulaciones de sus dos más grandes exponentes: Adam Smith y David Ricardo.

Los problemas que estos economistas se plantean, ya habían sido formulados con anterioridad: ¿Cuál es la fuente de la riqueza de las sociedades? . ¿Cómo se produce el valor de las mercancías? . ¿Cómo se distribuye el valor generado en la economía entre los diversos sectores sociales?

Adam Smith (1723-1790) expone sistemáticamente su teoría económica en su famoso libro "Investigaciones sobre la Naturaleza y las causas de la Riqueza de las Naciones". Veamos brevemente el contenido y el significado de esta obra.

Smith era un abierto partidario de la economía capitalista industrial, y luchaba activamente contra la economía terrateniente y la política proteccionista que implementaban aun los estados que defendían a la clase comercial y agrícola. Smith concibe la organización capitalista como reflejo del "orden natural", que por ser bueno y racional, manifestaba la presencia invisible de la providencia divina. El interés social, dice, no es más que la suma de los intereses individuales, de tal modo que cada individuo, en la medida en que busca su propio interés (utilitarismo) consolida simultáneamente el interés colectivo. Justificaba de esta manera la fuente subjetiva de la producción capitalista: el afán de lucro de los capitalistas. Este bienestar social se aseguraba sobre la base de la actividad privada individual, en la misma medida en que el estado no interviniera en los procesos económicos, pues al hacerlo, a través del proteccionismo, por ejemplo, no hacía sino formar y mantener privilegios. Partidario declarado del "laissez faire, laissez passer", otorgaba al Estado la exclusiva función económica de asegurar la propiedad privada, defendiéndola contra cualquier intento por limitarla o destruirla. Con esta filosofía política y moral, junto con concebir el capitalismo como el reflejo perenne del "orden natural", justificaba el actuar de los capitalistas en sus afanes individualistas de acumular riqueza. Fue autor además de "Teoría de los Sentimientos Morales".

Pero más allá de estas consideraciones filosófico-políticas generales, Smith dedicó su esfuerzo al desarrollo de una teoría económica que reflejara coherente y racionalmente el funcionamiento de esta economía que manifestaba la razón y el orden natural.

Frente a la pregunta que indaga por el origen de la riqueza y la fuente del valor, Smith da una respuesta confusa, pero que significó un importante adelanto sobre las teorías mercantilista y fisiocrática. El mercantilismo encontraba el origen y el valor en el proceso de cambio, puesto que riqueza era identificada con dinero, de tal modo que sólo en el proceso comercial podía producirse. Los fisiócratas atribuían a la tierra la fuente de la riqueza, produciéndose ésta en el proceso del trabajo agrícola. Smith, cuya teoría reflejaba no los intereses de los terratenientes sino de los capitalistas y "hombres de negocio", afirmaba que la fuente de la riqueza la constituye el trabajo: pero esto lo afirmaba en términos limitados y restringidos: limitados, pues afirma que el valor de los productos es el equivalente al del trabajo invertido en ellos, siendo el valor del trabajo el de los medios necesarios para la subsistencia de los obreros; confunde pues el valor del trabajo con el valor de la fuerza de trabajo, con lo que no logra formular la teoría de la plusvalía. La restricción, derivada de esto, está en que afirma que esta teoría del valor-trabajo es válida sólo para las formaciones pre-capitalistas, donde no hay proceso de acumulación de capital. Para el capitalismo, por el con-

trario, formula como fuente del valor una teoría confusa que mezcla diversos conceptos de niveles distintos: la teoría del valor-trabajo; la teoría de la oferta y la demanda y la teoría de los costos de producción.

Con ello salvaguarda los intereses de los capitalistas frente a los de otra clase existente al interior del capitalismo: la clase obrera. Como consecuencia de esta confusa teoría del valor, Adam Smith explica la distribución de la riqueza de la sociedad entre sus clases componentes de diversa forma: la clase obrera a través del salario recibe el valor de su trabajo; los propietarios capitalistas obtienen sus utilidades derivadas de la influencia del capital en el valor de los productos; y los terratenientes obtienen la renta de la tierra, que no es sino obtención de excedente derivado de la diferenciación implicada en las calidades y niveles de productividad de la tierra, pues los precios agrícolas se establecen a partir de los costos de producción de las tierras de menor productividad.

Adam Smith, racionalizador de la economía capitalista industrial de competencia, habría de constituir un hito importante para el desarrollo de una concepción científica de la economía, que sólo se lograría cabalmente con los estudios de Marx y Engels. El aporte básico de Smith estriba en plantear correctamente los problemas fundamentales de la teoría económica, y en que, las contradicciones que no logra resolver en sus respuestas, pero que quedan latentes, serían la fuente para el ulterior avance hacia la correcta solución de las cuestiones económicas básicas.

El aporte de David Ricardo

David Ricardo (1772-1823) daría un paso más en la dirección indicada. Su obra económica, en la que expone sus concepciones, es "Principios de la Economía Política", en la cual procede con mayor rigor científico y metodológico que Smith, y en un nivel de abstracción que le permite moverse más ágilmente en el campo de la teoría. Con respecto a Smith, muchas de cuyas tesis comparte, significa una serie de aportes y avances.

En primer lugar no justifica el capitalismo como expresión de un supuesto "orden natural", sino que encuentra la explicación del orden económico, en la libre competencia empresarial que regula automáticamente el proceso económico. Sin embargo, para Ricardo el orden económico no estará exento de contradicciones, y específicamente de contradicciones de clases derivadas de intereses distintos generados en el propio proceso económico. Esta idea surge implícita en la propia concepción del objeto de la economía política. Ya no se trata, como lo sostiene Smith, de estudiar la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones, sino de "las leyes que determinan la división del producto de la industria entre las clases que concurren en su formación".

Ricardo retoma el estudio del problema básico de la economía planteado anteriormente por Smith: ¿cuál es el origen de la riqueza y la fuente del valor?. Este economista formula la teoría del valor-trabajo, con más consecuencia y amplitud que Smith. En primer lugar, declara Ricardo que el trabajo es la fuente del valor de los productos, de tal modo que el valor objetivo de las mercancías debe medirse conforme al tiempo de trabajo incorporado al producto. Esta teoría es válida no sólo para las formaciones económicas pre-capitalistas, sino que también lo es para la economía capitalista. Ahora bien, esta teoría adquiere con Ricardo una precisión mucho mayor que la que asume en la formulación de Smith.

Ricardo distingue en la mercancía su utilidad (valor de uso) y su valor de cambio que adquiere en el mercado. Y consecuentemente con esto, distingue en el trabajo —considerado como mercancía—, el valor del trabajo y el valor de la fuerza de trabajo. Estas distinciones le permiten formular la teoría del valor-trabajo sin caer en las confusiones en que Smith se vio envuelto. Así formula que “la cantidad relativa de mercancías que producirá el trabajo es lo que determina su valor relativo presente y pasado, y no las cantidades relativas de mercancía que se dan al trabajador en cambio de su trabajo”. El valor de un producto está dado por el trabajo incorporado a dicho producto, más el valor del equipo empleado en la producción, que entra en el valor del producto en la medida en que dicho equipo se usa y se deteriora. Ahora, dichos equipos, cuyo valor constituye capital, es a su vez resultado del trabajo, siendo su valor el del trabajo acumulado en su confección.

Esta teoría del valor tenía indudablemente implicancias críticas frente al capitalismo, pues su simple desarrollo lógico conduciría a la formulación de la teoría de la plusvalía y de la explotación de que es víctima el asalariado que trabaja para el capital. Pero Ricardo no se percata de ello, o si lo hace, no desarrolla su pensamiento en esa dirección. Incluso en obras posteriores tiende a rechazar algunas afirmaciones primitivas. En una carta a Mc Culloch, escrita en 1820, dice: “algunas veces pienso que si tuviera que escribir otra vez el capítulo sobre el valor... reconocería que el valor relativo de las mercancías estaba regido por dos causas en vez de una, a saber, por la cantidad relativa de trabajo necesario para producir las mercancías en cuestión, y por la tasa de utilidades durante el tiempo en que el capital permanece inactivo, y hasta que las mercancías fuesen llevadas al mercado”. (Citado por Eric Roll en “Historia de las Doctrinas Económicas”). Prácticamente afirma aquí que el capital es productor de valor; con ello no plantea un acerto científicamente derivado, sino tan sólo sostiene la necesidad de reafirmar la legitimidad de los intereses capitalistas privados, que la clase obrera comenzaba a poner en cuestión.

El problema de fondo, la contradicción interna del pensamiento ricardiano, estaba en que su teoría del valor la formula con la intención de luchar políticamente contra los terratenientes y sus expresiones teórico-filosóficas. En lo fundamental tendía a negar que la tierra y su renta fuera fuente de valor, sino tan sólo de apropiación del excedente producido en el mercado de los productos alimenticios. Al respecto, sostiene lo siguiente: las mercancías se intercambian en el mercado por su valor, ni más ni menos, si bien, como señala, hay variaciones transitorias derivadas de la fluctuación de la oferta y la demanda, pero que el propio proceso tiende a regular.

Ahora bien, el trabajo es una mercancía, y en el intercambio entre el capital y el trabajo no se mantiene la citada equidad. Entonces, precisamente allí, donde más importante era sacar conclusiones de la teoría del valor-trabajo, hace abruptamente un rodeo y afirma que la distribución del valor producido, entre las clases que participan en su formación, es independiente de la teoría del valor, debiéndose encontrar en otra parte su explicación. Afirma en la misma carta y conforme a la cita indicada, lo siguiente: “Después de todo, los grandes problemas de la renta, los salarios y las utilidades hay que explicarlos por las proporciones en que se divide el producto total entre terratenientes, capitalistas y trabajadores, problemas que no se relacionan esencialmente con la doctrina del valor”.

La ley de Bronce del salario

El salario lo explica a partir de una teoría de la subsistencia, siendo el precio del trabajo no más que "lo necesario para permitir a los trabajadores, uno con otro, subsistir y perpetuar la especie, sin aumento ni disminución"; a esto agrega las variaciones conforme a los niveles de oferta y demanda; las utilidades del capitalista se forman a partir de la diferencia entre los costos de producción y los precios de los productos en el mercado; y la renta de la tierra, diferencial según los niveles de productividad de la misma, es apropiación del excedente que nace exclusivamente como resultado de las variaciones de precios de los productos agrícolas en el mercado. Pero con esto, Ricardo ha abandonado todo intento verdaderamente explicativo y científico, quedándose en la mera descripción de hechos propios del capitalismo industrial.

Los economistas clásicos, que formularon sus conceptualizaciones al calor de la lucha social y en pleno período de florecimiento económico, fueron conscientes de que la estructura económica no era estática sino que se desenvolvía en un proceso. Por esto se preguntaron cual sería el futuro del proceso de acumulación económica; simultáneamente vislumbraron también que las propias conceptualizaciones de la ciencia económica estaban sujetas a transformaciones. El problema del destino próximo o lejano de la economía se lo plantearon tanto Smith como Ricardo y además un tercer economista que por algunos conceptos podría también incluirse entre los clásicos: Thomas Robert Malthus.

Smith que vivió en el período del triunfo del capitalismo, estaba marcado por el optimismo más radical. Concibiendo este sistema como la manifestación más cabal del orden natural y de la razón; consideraba que la industrialización, la aplicación de políticas no intervencionistas por parte del estado y la acción de los hombres de negocios guiada por sus teorías económicas, asegurarían un crecimiento permanente e indefinido de la economía, que se materializaría en completo orden y sin contradicciones. Como se ve, este optimismo lo derivaba más de su filosofía social que de sus análisis económicos.

David Ricardo no compartió el optimismo de Smith. Ya en su época el capitalismo empezaba a mostrar sus contradicciones internas que se traducían en diversas formas de lucha social; Ricardo fue consciente de ello y en parte también de sus causas. Por eso dibuja un cuadro pesimista del futuro.

Este pesimismo deriva de la comprensión que tiene de la desarmonía de los intereses sociales de las clases que participan en el proceso económico. En efecto, percibe que las utilidades de los capitalistas están en razón inversa a los salarios de los obreros; pero en esto no estriba el problema principal, pues el aumento de las ganancias depende exclusivamente de que el crecimiento en la demanda de trabajo no supere a la oferta del mismo, derivado del aumento de la población. Esto ciertamente pone límites pero no frena la acumulación capitalista. El problema principal radica en que como consecuencia del aumento de la población se hará necesario incorporar a la producción de alimentos tierras de menor productividad, lo que acentuado por la ley de rendimientos decrecientes de la tierra, provocaría necesariamente aumentos constantes en los precios de los productos agrícolas. Ello redundaría en el inevitable incremento de los salarios de subsistencia de los obreros, lo que terminaría limitando cada vez más los márgenes de utilidad de los capitalistas y por tanto las posibilidades de acumulación de capital.

Malthus, el más reaccionario de los economistas burgueses, extrema la argumentación ricardiana y concluye que como resultado del aumento de la población y del consiguiente aumento de los precios de los productos de subsistencia, la producción tenderá en definitiva a estancarse. Afirma que la población tiende a crecer en progresión geométrica, mientras la producción lo hace en progresión aritmética, por lo que será necesario provocar la disminución del crecimiento poblacional por todos los medios posibles: guerras, hambrunas, limitación de la natalidad, eliminación de la beneficencia pública, fomento del vicio y la miseria.

Las previsiones de Ricardo y Malthus se demostrarían como erróneas en el proceso histórico posterior, y la equivocación de sus argumentos será puesta de manifiesto por Marx, quien descubre que el capitalismo, como consecuencia de sus contradicciones internas, debe dejar paso a una forma de organización económica superior, el socialismo, que aseguraría el crecimiento constante de las fuerzas productivas. Con todo, Ricardo y Malthus cumplieron la tarea de hacer perder la fe de la burguesía en las posibilidades de armonía y desarrollo permanente dentro del capitalismo.

La Clase Obrera y el Origen de la Economía Política Marxista

El desarrollo del modo de producción capitalista que conducía a la substitución de la concurrencia por el sistema monopólico, fue poniendo de manifiesto las contradicciones internas del capitalismo: entre los capitalistas y los obreros, entre la apropiación privada, de los medios de producción y el carácter social del trabajo, entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales, entre el crecimiento de la oferta y las limitaciones de la demanda, etc. Así el sistema iba mostrando su esencia explotadora, oculta antes por la ideología burguesa.

Pero ahora, naturalmente, a la burguesía no le interesaba ya conocer las leyes objetivas del capitalismo, pues si lo hacía, esta ciencia se volvía contra ella, dejó pues de interesarse en la Economía Política. Abandonando la línea explicativa de los clásicos, derivó sus estudios económicos en otras direcciones. Por un lado surgieron corrientes subjetivistas, que sólo se interesaban por conocer la actitud de los hombres ante las variaciones del mercado, con el objeto de manipular mejor a las masas consumidoras; por otra parte aparecieron las concepciones microeconómicas y econometristas, que aplicando las técnicas estadísticas y de información al análisis de ciertos problemas específicos, hicieron derivar la economía en técnicas de administración de empresas, en ingeniería comercial, en estudios de mercado y de costos y en políticas económicas que tendían a asegurar los máximos niveles posibles de ganancia a los empresarios.

La economía política como ciencia ya no podía encontrar en la burguesía su base social de desarrollo.

La clase obrera surgida en el capitalismo y fortalecida por el desarrollo de las fuerzas productivas, llamada por la historia a reemplazar a la burguesía en el proceso de desarrollo económico y social, a encabezar la revolución socialista y a dirigir este nuevo modo de producción, fue la clase que sustituyó a la burguesía también en el plano del conocimiento de los procesos económicos objetivos. Con esto, como dice Oskar Lange en su "Economía Política", "de ciencia de la burguesía se transformó en ciencia del proletariado". El mismo autor señala: "La ciencia de la economía política llegó a ser

para el proletariado el instrumento del conocimiento de las leyes y de las perspectivas del desarrollo futuro del modo de producción capitalista; también fue la base que permitió al proletariado adquirir conciencia de su situación en la sociedad capitalista, de las condiciones y de los medios de liberarse de su posición de clase explotada, de adquirir conciencia de su misión histórica, como única clase portadora del progreso dentro de la formación capitalista llegada a su madurez. La Economía Política fue, pues, la base del desarrollo de la conciencia de clase de las masas proletarias. Paralelamente, la economía política, al analizar las leyes del funcionamiento y del desarrollo del modo de producción capitalista, suministra al movimiento obrero los conocimientos necesarios para una acción eficaz en la práctica; primero, en el marco de la sociedad capitalista, después, en el proceso de transformación de las relaciones económicas capitalistas en socialistas. Al unirse de esta manera al movimiento social de la clase obrera, la economía política ha llegado a ser parte integrante del socialismo científico, empresa histórica, que se propone superar la espontaneidad del desarrollo social y crear relaciones económicas en las que las leyes económicas actúen de acuerdo con la voluntad del hombre” *.

La concepción proletaria de la economía política no fue obra exclusiva de Marx. El la trajo conjuntamente con Engels y sería posteriormente perfeccionada por otros, en especial por Lenin. Pero ya antes de Marx hubo incluso algunos obreros que hicieron formulaciones económicas que significaron un avance en la comprensión del capitalismo; pero fue indudablemente con Marx que la economía política, como concepción que expresa la situación y los intereses del proletariado, se elevó definitivamente a estatuto científico.

Marx trabajó cuarenta años —desde 1843 hasta 1883— en su teoría económica, que expuso cumplidamente en “El Capital”. En una carta a Weydemeyer escribió: “yo espero conseguir para nuestro Partido una victoria científica”. Pero antes de escribir “El Capital” Marx fue exponiendo sus avances en el conocimiento del capitalismo en sucesivos trabajos: “Manuscritos Económico-Filosóficos de 1844”, “Miseria de la Filosofía” (1847), “Manifiesto Comunista” (1848), “Discurso sobre la Libertad del Comercio” (1848), “Trabajo Asalariado y Capital” (1849), “Elementos Fundamentales de la Crítica de la Economía Política” (1857-1858), “Contribución a la Crítica de la Economía Política” (1859), “Manuscritos Económicos” (1861-1863), “Salario, Precio y Ganancia” (1865), y finalmente “El Capital”, en cuya redacción trabajó desde 1873 hasta su muerte; obra inconclusa cuyos libros segundo y tercero fueron preparados para su publicación por Engels. También es necesario mencionar “Teorías de la Plusvalía”, obra que tenía la intención de publicar como libro cuarto de “El Capital”.

El contenido de la economía política marxista lo expondremos más adelante. Por ahora limitémonos a señalar que Marx y Engels, en la perspectiva del materialismo histórico, concibieron el modo de producción capitalista y sus leyes económicas como una fase transitoria del desarrollo general de la sociedad, destinada a perecer, como consecuencia de sus contradicciones internas, del decurso señalado por las propias leyes económicas, y por la acción revolucionaria de la clase obrera.

* Oscar Lange “Economía Política”, págs. 259-260.

Marx realiza una revolución teórica de esta ciencia en dos planos: en el método y en el contenido. En la Introducción de la "Contribución a la Crítica de la Economía Política" formula el método abstracto-analítico e histórico-estructural, que utiliza rigurosamente en sus análisis económicos y particularmente en "El Capital". En cuanto a los contenidos, al asumir el punto de vista de la clase obrera, Marx descubre que la teoría del valor-trabajo consecuente y cabalmente formulada conduce a la comprensión del capitalismo como un sistema de explotación; la apropiación de la plusvalía (expropiación constante a los obreros por los capitalistas) es el origen de la acumulación del capital; la historia del capitalismo es la historia de la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado; los procesos de distribución, circulación y consumo, se fundan y están determinados por el proceso de producción. Estos son algunos de los más importantes conceptos elaborados por Marx. Y a ello hay que agregar la correcta comprensión del funcionamiento del modo de producción capitalista en su estructura y evolución en su conjunto, sobre la base de las adecuadas distinciones que hace entre valor de uso y valor de cambio, trabajo y fuerza de trabajo, valor y precio, dinero y capital, reproducción simple y reproducción ampliada, plusvalía y ganancia, etc. Soluciona asimismo el problema de la renta de la tierra y la distribución de la plusvalía en los distintos sectores sociales. Analizando cuidadosamente el desarrollo histórico del capitalismo y las leyes que guían el proceso, Marx prevé también las líneas que seguiría el desarrollo ulterior del capitalismo y la lucha de clases.

La Economía Política ¿Ciencia o Ideología?

En el esbozo del desarrollo de la economía política que hemos hecho, aparecen nítidas las determinaciones de clase en las distintas fases de su evolución conceptual. Las teorías económicas funden la racionalización de los intereses de las clases sociales conforme al desarrollo histórico del capitalismo, con la explicación teórica de los procesos objetivos. Esta dualidad nos conduce a la formulación de la pregunta que encabeza el epígrafe: ¿Es la economía política una ciencia o una o varias ideologías?

Definamos provisoriamente lo científico como la construcción de una representación teórica que comprende correctamente las relaciones objetivas de la realidad y su proceso. Comprendamos lo ideológico como una forma de conciencia social en la que se racionalizan los intereses básicos de una clase o grupo social.

Partiendo de esos conceptos, podemos afirmar que la historia de la economía política ha sido básicamente el progresivo desarrollo de la contradicción y unidad entre el intento de comprensión científica y el afán de representar intereses de clase.

Las relaciones entre ideología y ciencia no son estáticas, sino que constituyen un proceso que depende básicamente de las variaciones de los intereses de las clases en la historia, que determinan modificaciones en la necesidad y conveniencia que para ellas tiene el conocimiento de las relaciones y procesos reales. Así por ejemplo, el conocimiento científico de la naturaleza fue una necesidad para el desarrollo industrial y correspondía a los intereses de la burguesía, por lo que el desarrollo de las ciencias naturales fue impulsado por ésta en lucha contra la nobleza feudal; sin embargo hoy en los países colonizados y dependientes el desarrollo de la ciencia no conviene a las burguesías nacionales que fundan parte de su poder en la dependencia tecnológica.

Cuando la necesidad o el interés por conocer objetivamente las leyes, estructuras y procesos de un sistema económico es parte de la ideología de una clase, ésta está en condiciones de alcanzar sobre aquéllas un conocimiento científico.

La producción capitalista, por el desarrollo y la socialización de las fuerzas productivas que implica, puso de manifiesto el carácter histórico-natural del proceso económico, con lo cual creó las bases que permiten el conocimiento objetivo de la sociedad. Cuando era la burguesía progresista la que dominaba sin contrapeso el sistema productivo se preocupó por conocerlo y fue así como los clásicos de la economía política burguesa elaboraron verdaderamente ciencia económica; pero ya vimos como el desarrollo histórico la hizo abandonar muy pronto este propósito. Sólo el proletariado que no tiene intereses que defender en este sistema, siendo precisamente su misión histórica la de sepultarlo, está en condiciones de analizar profundamente el capitalismo. Por eso, la ideología del proletariado es una ideología científica.

En la sociedad socialista, donde no hay clases antagónicas, los hombres tienen la posibilidad de avanzar sin mistificaciones hacia el conocimiento siempre perfeccionado de la naturaleza y de la sociedad, porque ambos son una necesidad para el crecimiento económico planificado.

IV PARTE: DE LA DEMOCRACIA BURGUESA AL SOCIALISMO CIENTIFICO

Cuando, siguiendo a Engels y a Lenin, aseveramos que la filosofía clásica, la economía política y el socialismo utópico constituyen las tres más importantes fuentes teóricas inmediatas del pensamiento marxista, debemos tener presente que ellas son expresiones distintas de un mismo proceso histórico de sustitución del feudalismo y consolidación del capitalismo. Por tanto, y en cuanto reflejos de las condiciones objetivas y de las luchas de una misma clase social, la burguesía, manifiestan de algún modo una coherencia interna notable cuyas relaciones será importante destacar. Eran sí expresiones teóricas que se daban en distintos niveles de abstracción y en torno a problemas diferentes que se convertían en los respectivos objetos de estudio de disciplinas diversas: la filosofía, la economía y la teoría política.

El análisis del desarrollo del pensamiento político, cuyas raíces las encontramos en los filósofos ilustrados, y que conducen al socialismo científico de Marx y Engels a través del camino pavimentado por los grandes socialistas utópicos, nos permite visualizar con claridad la dirección común de aquellas manifestaciones distintas del pensamiento, porque a la política se integran necesariamente los aportes de la filosofía y de la economía. Algo de esto pretendemos dejar de manifiesto en esta parte.

La Enciclopedia en la lucha contra el feudalismo

La lucha contra el feudalismo y su expresión política, el absolutismo, adquirió en Francia las formas más agudas al comenzar la segunda mitad del siglo XVIII. La burguesía, fortalecida económicamente por el desarrollo industrial e implementada con las nuevas armas de la economía política que estaba en vías de formulación, adquiere cada vez una conciencia de clase más lúcida en torno a la necesidad de conquistar para sí todo el poder político, y hacer realidad en la estructura social el proyecto histórico que los intereses de clase le dibujan. Y en esta lucha recoge sus fundamentos ideológicos de la obra de los grandes filósofos ilustrados Voltaire, Diderot, D'Alembert, Holbach, Helvecio y Rousseau, que hacen la crítica más implacable del antiguo régimen y enuncian los principios básicos del que debía ser el orden burgués.

La "Enciclopedia" es la síntesis más grandiosa del pensamiento ilustrado; en ella se hace la crítica radical del pasado y se declara la fe y el optimismo burgués en el futuro. Esta obra tendrá repercusiones insospechadas en la historia política europea y en la Revolución Francesa en particular, pues, si bien los filósofos ilustrados postulaban el poder transformador de la filosofía por sobre el de la acción, las ideas por ellos planteadas se convertirán en verdadera fuerza material al ser adoptadas y utilizadas en la lucha social y política, especialmente por los jacobinos. En verdad, su influencia trasciende los marcos de Francia y de Europa de aquel entonces, llegando incluso a participar en la gestación de los procesos independentistas de América Latina.

Consecuente con la crítica burguesa al feudalismo y sus concepciones de fundamento religioso, con la "racionalidad" que caracterizaba el actuar económico capitalista, y con el propio racionalismo dominante en la filosofía académica de aquel entonces, los filósofos ilustrados postulan la necesidad y la posibilidad cierta de reconstruir la sociedad conforme a "los dictados de la razón".

Todo debe ser sometido ante el "tribunal supremo de la razón": el Estado y el ejercicio de la autoridad, la religión y sus dogmas, la educación y sus principios, el Derecho y las costumbres, la moral y la economía, la civilización y la cultura. Y al hacerlo así queda de manifiesto la intrínseca irracionalidad de la organización social del pasado y sus causas. La razón crítica al presente y sobre ella debe edificarse el futuro.

Pero, ¿qué entienden los enciclopedistas por "razón"? . Y ¿qué significa objetivamente esta racionalidad?

El concepto de "razón" que enunciaron difiere del concepto antiguo, y, más notoriamente, del escolástico. No debe entenderse como simple facultad o capacidad de conocimiento, sino como fuerza histórica de discernimiento entre lo bueno y lo malo, entre lo justo y lo injusto, cuya raíz se encuentra en lo más íntimo de la conciencia del hombre natural.

Así entendida, la razón era postulada como universal y eterna, sin percatarse de que lo que llamaban razón no era en definitiva y objetivamente más que la racionalidad de una clase, la burguesía ascendente, cuyos intereses expresaba, complementada con el "sentido común" del hombre medio en las condiciones históricas precisas de aquella época.

El optimismo racionalista de los ilustrados exponía la idea del necesario triunfo de la razón, pero no en cuanto se afirmara que "todo lo real es racional", como Hegel, o que vivimos en el mejor de los mundos racionalmente posibles, en que cree Leibniz, sino en la medida en que la razón se introduzca en lo más íntimo de los hombres y en las propias estructuras sociales, como resultado de algún tipo de proceso de transformación histórica.

J.J. Rousseau comparte en general estas concepciones; pero expresa particulares puntos de vista frente a importantes problemas, lo que lo hace el más significativo de los filósofos ilustrados, tanto por su influencia política como por su superior aporte al pensamiento social posterior. En efecto, Rousseau expresaba las ideas más avanzadas de la burguesía de su tiempo; debemos dedicarle por tanto párrafo aparte.

Los fundamentos de la filosofía política de Rousseau

Rousseau ha sido llamado "filósofo del sentimiento". No es éste ciertamente un apelativo adecuado, puesto que compartía el racionalismo de sus contemporáneos; lo que sí hizo fue adelantar un paso importante en la comprensión de las raíces del pensamiento racional, al fundarlo sobre la sensibilidad. Los sentidos externos y la sensibilidad interior son la base de todo conocimiento, de tal modo que la racionalidad no es absoluta, incondicionada, sino derivada y motivada por elementos extrínsecos a ella. Esto que afirma Rousseau es un paso adelante en la correcta comprensión de la razón, e incluso un antecedente de la afirmación materialista dialéctica de que las ideas son reflejo de la experiencia y racionalizan intereses primarios. Al respecto, es explícito Rousseau cuando afirma en la Primera parte de su "Discurso sobre el Origen y Fundamento de la Desigualdad entre los Hombres": "Seríame fácil, si me fuera necesario, apoyar lo expuesto con hechos y hacer ver que en todas las naciones del mundo los progresos del espíritu han sido absolutamente proporcionales a las necesidades naturales o a las que las circunstancias hayan sujetado y por consiguiente a las pasiones que arrastraran a la satisfacción de tales necesidades". Y más adelante agrega: "Cuanto más medito sobre

este punto, más crece a nuestra vista la distancia que media entre las sensaciones puras y los simples conocimientos, siendo imposible concebir que un hombre hubiera podido por sus propios esfuerzos, sin el auxilio de la comunicación y sin el aguijón de la necesidad, franquear tan grande intervalo”.

Ahora bien, Rousseau no saca de esta concepción todas las conclusiones materialistas, y es así que cuando habla de la razón natural que se funda sobre necesidades básicas y sobre relaciones sociales, no concluye sin embargo en afirmar racionalidades distintas derivadas de distintas situaciones de clase.

Sigue pensando que la racionalidad burguesa es la verdadera racionalidad humana.

Junto a esto y en íntima vinculación con lo señalado, desde Rousseau toma cuerpo la filosofía política, esto es, la filosofía que se formula a partir de inquietudes de orden social y con intención de modificar estructuras políticas y formas de organización de la sociedad. Y al hacerlo, Rousseau se nos muestra como verdadero filósofo, por cuanto sus investigaciones versan sobre los grandes problemas que ocuparon la atención filosófica a través de siglos: el problema del conocimiento, de la naturaleza del hombre, de las leyes que presiden el pensar racional y el encuentro de la verdad; pero a estos problemas les otorga desde el comienzo una dimensión política. Con ello Rousseau adquiere las características del filósofo revolucionario.

Como la razón se desarrolla en íntima vinculación con las necesidades humanas y sociales, la filosofía debe ser útil. Así, el conocimiento del hombre encuentra su motivación central en la necesidad de descubrir las raíces de la desigualdad y los fundamentos de un orden social superior. Lo señala expresamente: “El más útil y el menos avanzado de los conocimientos humanos es, en mi concepto, el relacionado con el hombre”. Y agrega luego: “Porque, ¿cómo conocer la fuente de la desigualdad entre los hombres si antes no se les conoce a ellos”. (Del prefacio sobre “El Origen y los Fundamentos de la Desigualdad entre los Hombres”).

La crítica social de Rousseau

La crítica social de Rousseau al antiguo régimen, que formula sobre fundamentos ético-rationales, es más realista y profunda que la de sus contemporáneos. Aquella sociedad absolutista que consagraba la desigualdad y la ausencia de libertad es juzgada a partir de la concepción racional del estado natural del hombre, concibiendo éste no como su situación incivilizada y primitiva, sino como un “ideal” postulado como hipótesis racional de lo óptimo. Con la vara de este concepto del “hombre natural” se juzga la sociedad histórica concreta. “Considerando la sociedad humana con mirada tranquila y desinteresada, me parece que no se descubre en ella otra cosa que la violencia de los poderosos y la opresión de los débiles”. (Op. cit.). Pero Rousseau no se contenta con afirmar la irracionalidad, sino que apunta a la comprensión de la causa de los males sociales.

Al respecto, su principal aportación la constituye la indicación de que el abandono del estado natural del hombre está dado principalmente por el surgimiento de la división social del trabajo, la formación de la propiedad privada y el ejercicio despótico de la autoridad. Pone al descubierto el carácter anti-natural de la propiedad privada, la división del trabajo y la opresión política, y, consecuentemente, de la

propia desigualdad social entre los hombres. Da al traste con el orden establecido.

Podemos comprender mejor el alcance de su pensamiento citando directamente al autor: "El primero a quien, después de cercar un terreno, se le ocurrió decir "esto es mío", y halló personas bastante sencillas para creerle, fue el verdadero fundador de la sociedad civil. ¡Cuántos crímenes, guerras, miserias y horrores habría ahorrado al género humano el que, arrancando las estacas o arrasando el foso, hubiera gritado a sus semejantes: "Guardaos de escuchar a este impostor; estáis perdidos si olvidáis que los frutos son de todos y que la tierra no es de nadie!". (Del "Discurso sobre el Origen y Desigualdad entre los Hombres", Primera parte).

Rousseau apunta su crítica a la propiedad de la tierra, en conformidad con la lucha de la burguesía industrial contra los terratenientes feudales; con respecto a otra propiedad, afirma su legitimidad sobre la base del trabajo invertido en la producción. Pero al hacerlo destruye la idea de la propiedad como derecho natural, y en definitiva la legitimará sólo como resultado de un pacto social.

"Mientras los hombres se contentaron con sus rústicas cabañas, mientras se limitaron a coser sus vestidos de pieles con espinas o aristas...; en una palabra, mientras se dedicaron a obras que uno solo podía hacer y a las artes que no exigían el concurso de muchas manos, vivieron libres, sanos, buenos y dichosos, hasta donde podían serlo dada su naturaleza, y continuaron gozando de las dulzuras de un comercio independiente; pero desde el instante en que un hombre tuvo necesidad del auxilio de otro, desde que se dio cuenta de que era útil para uno tener provisiones para dos, la igualdad desapareció, la propiedad privada fue un hecho, el trabajo se hizo necesario y las extensas selvas transformáronse en risueñas campiñas que fue preciso regar con el sudor de los hombres, y en las cuales viose pronto la esclavitud y la miseria germinar al mismo tiempo que germinaban y crecían las mieses". (Del "Discurso...", Segunda parte).

Vemos en este párrafo, aunque aún en forma confusa pero como un genial adelanto de lo que sostendría después en forma científica el marxismo, la vinculación que existe entre el desarrollo de las fuerzas productivas, la socialización y la división social del trabajo, la propiedad privada de los medios de producción, y la explotación del hombre por el hombre y la miseria consecuente.

En cuanto a la legitimación de la autoridad y las formas despóticas de su ejercicio, Rousseau dice: "Ningún hombre tiene por naturaleza autoridad sobre su semejante puesto que la fuerza no constituye derecho alguno". Y agrega: "Renunciar a su libertad es renunciar a su condición de hombre, a los derechos de la humanidad y aun a sus deberes. No hay resarcimiento alguno posible para quien renuncia a todo. Semejante renunciación es incompatible con la naturaleza del hombre; despojarse de la libertad es despojarse de moralidad. En fin, es una convención fútil y contradictoria estipular de una parte una autoridad absoluta y de la otra una obediencia sin límites...". (El Contrato Social". libro I, Cap, IV).

El ideal político burgués

De la crítica social al antiguo régimen, cuyos rasgos más aguzados hemos destacado, pasa Rousseau a la postulación del que debe ser el nuevo orden social sobre los fundamentos de la razón. No se tratará de volver al estado primitivo, pues el desarrollo de la

civilización es un hecho irreversible, sino avanzar hacia un nuevo estado a través de un doble proceso que debe darse simultáneamente en los planos colectivo e individual. Por una parte, debe cambiarse a los individuos a través de la educación, y, por otra, debe reestructurarse la sociedad sobre las bases de un nuevo derecho fundado sobre la voluntad general.

Este nuevo estado que el hombre debe alcanzar en la sociedad no es el llamado estado natural, sino el "estado civil". Este consiste en "una forma de asociación que defienda y proteja con la fuerza común la persona y los bienes de cada asociado, y por la cual cada uno, uniéndose a todos, no obedezca sino a sí mismo y permanezca tan libre como antes". ("El Contrato Social", libro I, Cap. VI).

En otras palabras, la propiedad privada se garantiza, pero no ya fundándola sobre la fuerza, sino sobre la ley, a través de un título de propiedad. Del mismo modo la libertad deja de ser un derecho ilimitado, sino que se hace formal, se enmarca en determinadas leyes que todos deben aceptar y cuya transgresión es castigada por la autoridad. Esta se levanta no sobre el poder del más fuerte, sino sobre la decisión soberana del pueblo expresada democráticamente a través del sufragio; así, se supone que al obedecer a la autoridad se está obedeciendo la propia voluntad mayoritaria.

Esta sociedad civil se construye a partir del llamado pacto o contrato social, que es un "acto de asociación que convierte la persona particular de cada contratante, en un cuerpo normal y colectivo, compuesto de tantos miembros como votos tiene la asamblea, la cual recibe de este mismo acto su unidad, su yo común, su vida y su voluntad. La persona pública que se constituye así por la unión de todas las demás tomaba en otro tiempo el nombre de ciudad y hoy el de república o cuerpo político, el cual es denominado Estado cuando es activo. Potencia en comparación con sus semejantes. En cuanto a los asociados, éstos toman colectivamente el nombre de pueblo y particularmente el de ciudadanos, como partícipes de la autoridad soberana, y súbditos, por estar sometidos a las leyes del Estado". ("El Contrato Social", libro I, Cap. VI).

El funcionamiento armónico de este esquema de estructura social se funda sobre el supuesto de la existencia de un bien común determinante de una voluntad general indestructible. No cuenta un hecho básico: las distintas formas en que los hombres se relacionan con el aparato productivo determina la existencia de clases sociales con intereses contrapuestos. No hay en efecto un auténtico bien común ni una voluntad general en una sociedad en que, por mantenerse la propiedad privada sobre los medios de producción, se encuentra dividida en clases sociales. Y lo que hacen los ilustrados es considerar como bien común y como voluntad general no otra cosa que el bien y la voluntad de una clase, la burguesía.

A pesar de ello, Rousseau alcanza a percatarse que su contrato social es frágil en su estructura y dinamismo, pues advierte que "cuando los vínculos sociales comienzan a debilitarse y el Estado a languidecer; cuando los intereses particulares comienzan a hacerse sentir y las pequeñas sociedades a influir sobre la general, altérase el interés común, y la unanimidad desaparece; la voluntad general no sintetiza ya la voluntad de todos; surgen contradicciones y debates y la opinión más sana encuentra contendientes... y pasan subrepticamente, bajo el nombre de leyes, decretos inicuos que tienen únicamente como objeto un interés particular". ("El Contrato Social", libro IV, Cap. I).

Por ello, y para evitar el desorden, se hace necesario, como complemento al pacto social, establecer una forma de educación de los ciudadanos, que desarrolle el lazo social en lo más íntimo de sus corazones; en palabras nuestras, la educación debe socializar a los individuos y formarlos para la vida ciudadana, conforme a los intereses de la burguesía.

Las bases históricas y teóricas del socialismo utópico

Si analizamos con lógica contemporánea de base proletaria el pensamiento roussoniano, encontraremos un desajuste evidente entre su crítica social y sus postulaciones políticas. En efecto, la profundidad de la crítica al pasado histórico y los términos en que se expone conducirían a la postulación de una sociedad comunista, sin clases, sin propiedad privada, sin aparato estatal de dominación, y no al planteo de un régimen social donde la propiedad privada y el ejercicio de la dominación política quedan asegurados para una clase, sobre la base del supuesto consenso colectivo y la voluntad general...

Pero en aquel tiempo las condiciones históricas no estaban maduras para la postulación realista del socialismo. Era posible la formulación de un comunismo al estilo del expuesto por Tomás Moro en su "Utopía"; pero Rousseau y los ilustrados estaban suficientemente comprometidos en la lucha política concreta como para dedicarse a sueños de poetas, y, además, enraizados en una clase social cuyos intereses y conciencia les indicaban un determinado proyecto histórico, el capitalismo, que la humanidad debía recorrer en su desarrollo hacia formas superiores de organización social.

Sólo posteriormente, con el triunfo y consolidación del capitalismo, con el surgimiento de sus contradicciones internas, con la formación de una nueva clase social —el proletariado— que sufre nuevas formas de explotación, la idea socialista se desenvolvería pujante; primero en forma utópica a partir de la propia argumentación racionalista, y luego en forma científica, sobre bases materialistas y dialécticas.

En efecto, el sistema capitalista terminó por implantarse dejando atrás el modo de producción feudal, y la burguesía tomó las riendas del poder desplazando a la nobleza. Se estableció, tras enconada lucha, el orden social burgués. Y se hizo al mismo tiempo patente el desajuste entre la teoría y la práctica, entre el proyecto ideal y la organización real de la sociedad. El régimen capitalista, levantado al calor de las ideas racionalistas de los ilustrados y enarbolando las banderas de la Igualdad, la Libertad, la Justicia y la Fraternidad, dista mucho de responder a lo esperado; es más bien una caricatura o un remedo que sólo permite visualizar la imagen propuesta para quien vive en él en condiciones privilegiadas. En efecto, la igualdad no puede descubrirse por ningún lado, como lo patentizan las enormes distancias sociales que, lejos de disminuir, se agudizan; la igualdad ante la ley queda como una consigna estéril cuando no la garantiza la igualdad real entre los hombres y sus posibilidades. La libertad por su parte es sólo la de algunos, las clases dominantes, quedando en la opresión las enormes masas asalariadas que permanecen dominadas en condición miserable. La justicia, si pasó, no se ha dejado ver. Y la fraternidad se manifiesta en la enconada lucha entre explotadores y explotados, y aun entre los primeros como una despiadada competencia.

Con todo, el régimen capitalista significó un avance considerable en relación

a cualquiera de los órdenes sociales anteriores. Permitió un desarrollo inmenso de las fuerzas productivas; la sociedad alcanzó un grado de organización superior y más complejo; y, sobre todo, se crearon las bases para el término de la explotación del hombre por el hombre. En efecto, más allá de la lucha de la burguesía contra la nobleza, permanecía latente la lucha entre los explotadores y los explotados. La burguesía industrial crea junto a sí a la clase trabajadora, al proletariado, que será la clase social llamada a sustituirla. Al nacer, la burguesía crea a su lado a su propio sepulturero.

Pero en aquellos tiempos el capitalismo no estaba aún suficientemente desarrollado como para que esta clase fuera un efectivo peligro; el proletariado no tenía aún la fuerza y la organización, la conciencia y la visión como para entrar a cuestionar el liderazgo histórico que la burguesía había asumido. Pero empezaba a hacerse notar, más que por su fuerza, por su debilidad; o mejor dicho, más que como poder revolucionario, como clase despojada, sometida, viviendo en condiciones miserables. Mostraba por presencia el error de los ilustrados que creían que el capitalismo aseguraría el bienestar general.

Así, cuestionado el régimen capitalista por los hechos, habrían de surgir los hombres que lo cuestionaran en las ideas. Surgen nuevas concepciones políticas, hasta que se va configurando la idea socialista en su forma utópica.

Saint-Simon, Fourier, Owen

Entre los socialistas utópicos, predecesores directos del socialismo científico de Marx y Engels, pueden contarse numerosos pensadores, cada uno de los cuales hizo sus particulares aportes y desarrolló determinados aspectos del nuevo ideal social que empezaba a vislumbrarse. Así nos podemos encontrar con Tomás Moro, Campanella, Morelly, Weitling, Restif de la Bretonne, Meslier, Brey, Dézamy, Winstanley, Morris, Chernichevski y muchos otros; pero, sin lugar a dudas, quienes tienen mayor significación y hacen un aporte más substantivo a la formación del pensamiento socialista son Saint-Simon, Fourier y Owen.

Estos pensadores políticos revolucionarios eran tributarios del pensamiento ilustrado, de cuya fuente se había nutrido y con cuyos principios habrían de hacer la crítica al sistema burgués, del mismo modo como aquéllos lo habían hecho con el régimen feudal; formularían también un nuevo ideal político, un nuevo modelo de organización social.

Saint-Simon era joven cuando estalló la Revolución Francesa, a la que caracteriza, dando un paso importante por sobre sus contemporáneos, como un proceso antagónico entre la clase trabajadora y la clase ociosa; es decir, directa y claramente como una lucha de clases. Esta concepción le entrega perspectivas nuevas para abordar los problemas sociales y políticos. Entre otras ideas básicas destacó que las estructuras económicas son la base de las instituciones políticas, y que, siendo así, la política consiste fundamentalmente en dirección económica; al plantear que en el gobierno político la administración sobre los hombres debe dejar paso a la administración de las cosas y a la dirección de los procesos productivos, formula un antecedente importante de la teoría de la abolición del Estado en la sociedad comunista.

Ahora bien, a partir de estas ideas básicas, y sobre la base de la experiencia de los

extremismos que comprobó en el proceso de la Revolución Francesa en el período del despotismo ilustrado y del terror de los descamisados, Saint-Simon formula que la dirección política de la sociedad debe ser asumida por una alianza entre la ciencia y la industria, o más explícitamente, por los científicos académicos y los industriales y banqueros. A partir de allí, plantea que en la sociedad el trabajo debe ser actividad fundamental de todos los hombres, la educación debe vincularse con aquél, y ambos deben convertirse en actividades humanas que permitan el desarrollo de la personalidad. La economía debe planificarse en su desarrollo para que sea armónica, y a nivel internacional deben crearse relaciones que aseguren un desenvolvimiento pacífico de la convivencia entre las naciones.

En síntesis, Saint-Simon no alcanza aún a formular la idea socialista, pero hace importantes adelantos en torno a diferentes aspectos de aquélla, que habrían ser de alguna forma incorporados al socialismo, previo desarrollo en los demás socialistas utópicos. Engels señala que en la amplitud genial de conceptos de Saint-Simon se contienen ya en germen todas las ideas no estrictamente económicas de los socialistas utópicos posteriores.

Fourier destaca principalmente por su crítica al mundo burgués y a sus ideólogos, y por su concepción del desarrollo de la historia universal. Desnuda las relaciones sociales de la sociedad capitalista, mostrando sus injusticias y miserias, y cómo ella se edifica sobre la base de la opresión. Denuncia la falsedad de las relaciones entre los sexos y la posición oprimida en que se encuentra la mujer en esta sociedad. Junto a ello, desenmascara a los ideólogos burgueses que hacían la apología del sistema, y compara sus ideas altisonantes con la descarnada realidad que las niega en todas partes.

Este pensador hace además un aporte significativo al estudio de la historia, al dividir su desarrollo en cuatro etapas: el salvajismo, la barbarie, el patriarcado y la civilización, siendo esta última la época burguesa, en la que "el orden civilizado eleva a una forma compleja, ambigua, equívoca e hipócrita todos aquellos vicios que la barbarie practicaba en medio de la mayor sencillez". (Citado por Engels en "Del Socialismo utópico al socialismo científico").

Pero Fourier no se queda en la mera crítica, sino que formula también ideas que configuran un ideal político más o menos definido. Postula una sociedad en la que la propiedad privada, si bien no totalmente abolida, pierde mucha significación. Define asimismo la propiedad social como la base fundamental de una "sociedad armónica", en la que el trabajo no es una carga, sino un verdadero juego que el hombre realiza por el propio placer que le otorga. Postula la necesidad de romper con la división social del trabajo en manual e intelectual, y aun afirma que cada individuo debe cambiar constantemente de ocupación, a través de sesiones cortas de trabajo. La sociedad ideal es visualizada como una comunidad de comunidades, esto es, como un conjunto de sociedades intermedias que se regulan y relacionan armónicamente unas con otras.

Roberto Owen, industrial inglés formado en el pensamiento de los materialistas del siglo XVIII, destaca no tanto por su pensamiento especulativo en torno a los ideales políticos, como por su acción concreta en orden a materializar ideas reformistas, y, posteriormente, por sus luchas junto a los trabajadores por impulsar la idea comunista.

Como empresario e industrial, Owen se esforzó por organizar sus empresas de

acuerdo a las nuevas ideas reformistas. Disminuyó el horario de trabajo de sus operarios, y mejoró las condiciones de vida de sus familias, preocupándose además de la educación de sus hijos. Estableció regímenes de trabajo más humano, y se esforzó permanentemente por combinar la productividad de sus inversiones con sus ideas de benefactor de los trabajadores. Pero en este propio esfuerzo empresarial llevado adelante con la contradicción entre la racionalidad privada capitalista y la intención social subjetiva, fue adquiriendo conciencia de que era necesario ir más allá. Fue así como estudiando la formación de las utilidades de sus empresas llega a la conclusión de que son el fruto del trabajo de sus operarios.

De allí a la formulación del ideal comunista no había más que un paso, sobre todo cuando sostiene que las inmensas fuerzas productivas, que hasta allí sólo habían servido para que se enriquecieran unos cuantos y para la esclavización de las masas, eran las bases para una reconstrucción social y estaban llamadas a trabajar solamente para el bienestar colectivo, como propiedad colectiva de todos los miembros de la sociedad (Engels).

Partiendo de esto, Owen se orienta hacia la lucha política a la cabeza de las organizaciones gremiales de los obreros. Son innumerables las conquistas sociales que éstos obtienen y que están vinculadas al nombre de Owen.

En cuanto a los aportes de Owen en el plano de las ideas socialistas, éstos se concretan por una parte en la consideración de que los obstáculos principales para el proceso de reforma social que postula lo constituyen la propiedad privada, la religión y la forma actual del matrimonio burgués. Por otra parte, sus ideas sobre el ideal social están expresadas a través de innumerables estudios técnicos, en los que describe las formas del funcionamiento de una economía comunista, a partir de modelos detallados de organización de empresas colectivas y de cooperativas de consumo y de producción. Naturalmente estos modelos debían quedar necesariamente en la idea, pues no estaban claros los procedimientos para su materialización, ni estaban maduras las condiciones para su éxito.

Limitaciones del socialismo utópico

Sin duda el socialismo utópico es un precedente importante para la formación del marxismo; hace de nexo o etapa intermedia, en el desarrollo del pensamiento político, entre el racionalismo materialista de los filósofos ilustrados y la teoría científica del materialismo histórico. Es el reflejo ideológico de capas sociales que viven la contradicción entre el pensamiento liberal y su realidad práctica.

Ahora bien el carácter utópico del pensamiento de estos autores está dado por tres factores principales, que constituyen sus limitaciones intrínsecas. En primer lugar, la crítica al modo de producción capitalista y a sus estructuras políticas es realizada desde la propia ideología burguesa; en efecto, son los principios del pensamiento liberal los que sirven de vara de medir y de crítica a la propia realidad del sistema; por tanto, es una crítica que no logra trascender de los marcos del régimen burgués, por lo que permanece en el plano de lo ideológico, sin alcanzar la cientificidad, es decir, sin encontrar la raíz determinante de los males sociales. En segundo lugar, el modelo de comunismo que se postula es ideal y trasciende las posibilidades históricas concretas de la situación

económica y política; la mística en algunos y el tecnicismo en otros se traducen en modelos fantásticos de sociedad que permanecen en el ámbito de las fantasías sociales. Y en tercer lugar, los medios postulados para alcanzar dicha sociedad no son en absoluto eficaces: la propaganda, la prédica moral hecha a los empresarios e industriales o el decreto dictado por el aparato gobernante burgués no conducen ciertamente al verdadero socialismo. Por todo ello, el socialismo utópico en la práctica no consiste sino en intentos más o menos adelantados de reformismo social.

Hacia la formación del socialismo científico

Marx y Engels recogieron posteriormente de los utopistas la idea socialista en general y muchos aspectos particulares de la misma. Pero le dieron, superando el carácter utópico anterior, una dimensión profundamente científica. En efecto, la crítica al modo de producción capitalista ya no se hizo a partir de las concepciones ideológicas de la burguesía, sino a través del análisis objetivo de las contradicciones internas del sistema y a través del conocimiento de las leyes que rigen su desenvolvimiento. Esto era posible a partir de la postura teórico-revolucionaria que se funda sobre la clase obrera, cuya misión histórica y cuya posición en el proceso productivo le permiten y fundamentan la más radical y profunda negación teórico-práctica del capitalismo.

Del mismo modo, la idea socialista como proyecto histórico concreto de la clase obrera ha perdido su carácter utópico. A partir del análisis del propio capitalismo, surge la necesidad inevitable de su sustitución por un régimen socialista, que no es sino la primera etapa inevitable para avanzar posteriormente hacia la sociedad comunista, en la que pueden alcanzarse los ideales más sentidos por la humanidad a través de los siglos. Pero antes de ello debe implantarse el socialismo, cumpliendo la misión histórica de suprimir la propiedad privada sobre los medios de producción, y, sobre la base de la propiedad social, construir una sociedad sin clases, que permite un sostenido desarrollo de las fuerzas productivas. Una vez realizadas tales metas se abren las perspectivas de un verdadero comunismo.

Y para suplantarse el capitalismo y construir el socialismo, Marx y Engels formularon el único camino adecuado que garantiza su éxito: la revolución socialista, realizada por las más amplias capas de trabajadores y dirigida por la clase obrera y sus vanguardias sociales y políticas. Se define así una política en forma científica, donde estrategia y tácticas quedan delineadas a grandes rasgos, y en cuya implementación concreta se requiere el permanente análisis científico de las condiciones y situaciones concretas de cada momento.

En posteriores capítulos tendremos oportunidad de conocer los contenidos específicos tanto de la crítica marxista al modo de producción capitalista como la teoría del socialismo y el comunismo y los problemas del proceso revolucionario y del período de transición del capitalismo al socialismo. Por ahora nos hemos limitado a indicar el camino recorrido por el pensamiento político, desde los filósofos ilustrados, pasando por los socialistas utópicos, hasta Marx y Engels, para ver las fuentes teóricas de la gestación del socialismo científico. Pero antes de terminar este capítulo debemos abordar, aunque sea brevemente, un importante problema de la teoría política que se nos plantea a partir del análisis hecho. Es el de las relaciones entre utopías y proyectos históricos, y entre proyectos históricos científicos y proyectos históricos ideológicos.

Utopía y proyecto histórico

En el desarrollo de este análisis hemos utilizado reiteradamente los conceptos de "utopía" y "proyecto histórico", para referirnos a formas distintas de "ideales sociales y políticos". Es importante detenernos un poco en estos conceptos, porque son instrumentos teórico-metodológicos de gran importancia para el análisis del pensamiento político.

Desde muy antiguo los hombres han formulado sus ideales con respecto a las formas de organización de la sociedad. De una forma u otra los encontramos en Platón y en Aristóteles, en San Agustín y en Santo Tomás, y en general en todos los grandes pensadores. En algunos casos se trata de utopías y en otros, de proyectos históricos. ¿Qué es lo que establece la diferencia?

El materialismo histórico ha demostrado que la historia de la humanidad es básicamente la historia de la lucha entre las clases sociales antagónicas. Derivadas de la situación objetiva de las clases en el conjunto de la sociedad y a partir de sus relaciones específicas en los diferentes modos de producción de los bienes y servicios, las clases sociales tienen intereses determinados, objetivos, de los cuales toman tarde o temprano lúcida conciencia. Estos intereses de las clases se manifiestan en dos planos: los intereses inmediatos en el contexto del sistema en que se desarrollan y nacen y los intereses mediatos o definitorios, que tienden a provocar en su beneficio transformaciones profundas en las estructuras económicas, sociales, políticas y culturales. Estos intereses últimos, racionalizados por pensadores que los reflejan adecuadamente, determinan lo que podemos llamar provisoriamente la "conciencia posible" de una clase, esto es, el máximo de inteligibilidad que es dable alcanzar desde la posición particular en que una clase social se encuentra, a partir de cuya inteligibilidad se plantean objetivos de organización general de la sociedad que podemos llamar "proyectos históricos". Entendemos pues por tales los objetivos de la acción histórica de las clases sociales fundamentales de un determinado modo de producción. Fundados sobre sus intereses objetivos, y siendo estas clases las determinantes del proceso social, tales proyectos de acción, en la perspectiva de organizar la totalidad de la vida social en torno a ellos, son factibles de materializar, y por tanto no pertenecen al mundo de lo utópico, sino al de lo posible, o, incluso, en algunos casos, al de lo inevitable, cuando así lo sugiere el desarrollo objetivo de las leyes que rigen el desenvolvimiento de la historia. Con este concepto podemos por tanto clasificar como proyectos históricos tanto el democrático-burgués expresado por los pensadores del liberalismo, como el socialista-proletario, expresado básicamente por el pensamiento marxista.

Distinta es la situación de las utopías, que se definen precisamente por lo inaccesible de sus metas ideales. Las utopías no se formulan como racionalización adecuada de los intereses objetivos y básicos de las clases sociales antagónicas y fundamentales de un sistema, sino a partir de los niveles de conciencia posible de grupos o clases sociales secundarias, o por procesos lógico-deductivos elaborados por pensadores aislados que viven la contradicción social desde fuera de ella, más como espectadores que como protagonistas, o como actores secundarios. A esta categoría pertenecen los ideales políticos de los comunistas utópicos, o, más cercanos a nosotros, las ideas de armonía social

o de reformismo pequeño-burgués que afloran periódicamente en las capas medias de la población en períodos de agudización de la lucha de clases.

Ahora bien, ya vimos como no todo proyecto histórico formulado a partir de los intereses de las clases sociales fundamentales se traduce en la práctica social de acuerdo con las ideologías que los sustentan. Es el caso señalado del desajuste entre el ideal político burgués y la realidad del orden social fundado por la burguesía. En realidad, esta concordancia es dable esperarla sólo cuando el modelo propuesto surge de una comprensión científica de la realidad y de las posibilidades que ella abre en determinado momento, a partir de los caminos indicados por la comprensión de las posibilidades concretas que están dadas por las leyes históricas objetivas. Para ser más explícito, únicamente con el materialismo histórico como teoría científica del desarrollo social y como herramienta metodológica para el análisis concreto de las condiciones concretas, se abre la posibilidad de elaborar modelos científicos de organización social; y esto porque sólo a partir de las posiciones objetivas de la clase obrera la humanidad adquiere el poder de guiar verdaderamente la historia y prever sus desarrollos, empezando por la revolución que termina con los antagonismos de clases y continuando con la planificación del desarrollo social, en que por primera vez en forma efectiva es posible la incorporación de la racionalidad, es decir, la dirección racional del proceso de desenvolvimiento social.

IV PARTE: DE LA DEMOCRACIA BURGUESA AL SOCIALISMO CIENTIFICO

Cuando, siguiendo a Engels y a Lenin, aseveramos que la filosofía clásica, la economía política y el socialismo utópico constituyen las tres más importantes fuentes teóricas inmediatas del pensamiento marxista, debemos tener presente que ellas son expresiones distintas de un mismo proceso histórico de sustitución del feudalismo y consolidación del capitalismo. Por tanto, y en cuanto reflejos de las condiciones objetivas y de las luchas de una misma clase social, la burguesía, manifiestan de algún modo una coherencia interna notable cuyas relaciones será importante destacar. Eran sí expresiones teóricas que se daban en distintos niveles de abstracción y en torno a problemas diferentes que se convertían en los respectivos objetos de estudio de disciplinas diversas: la filosofía, la economía y la teoría política.

El análisis del desarrollo del pensamiento político, cuyas raíces las encontramos en los filósofos ilustrados, y que conducen al socialismo científico de Marx y Engels a través del camino pavimentado por los grandes socialistas utópicos, nos permite visualizar con claridad la dirección común de aquellas manifestaciones distintas del pensamiento, porque a la política se integran necesariamente los aportes de la filosofía y de la economía. Algo de esto pretendemos dejar de manifiesto en esta parte.

La Enciclopedia en la lucha contra el feudalismo

La lucha contra el feudalismo y su expresión política, el absolutismo, adquirió en Francia las formas más agudas al comenzar la segunda mitad del siglo XVIII. La burguesía, fortalecida económicamente por el desarrollo industrial e implementada con las nuevas armas de la economía política que estaba en vías de formulación, adquiere cada vez una conciencia de clase más lúcida en torno a la necesidad de conquistar para sí todo el poder político, y hacer realidad en la estructura social el proyecto histórico que los intereses de clase le dibujan. Y en esta lucha recoge sus fundamentos ideológicos de la obra de los grandes filósofos ilustrados Voltaire, Diderot, D'Alembert, Holbach, Helvecio y Rousseau, que hacen la crítica más implacable del antiguo régimen y enuncian los principios básicos del que debía ser el orden burgués.

La "Enciclopedia" es la síntesis más grandiosa del pensamiento ilustrado; en ella se hace la crítica radical del pasado y se declara la fe y el optimismo burgués en el futuro. Esta obra tendrá repercusiones insospechadas en la historia política europea y en la Revolución Francesa en particular, pues, si bien los filósofos ilustrados postulaban el poder transformador de la filosofía por sobre el de la acción, las ideas por ellos planteadas se convertirán en verdadera fuerza material al ser adoptadas y utilizadas en la lucha social y política, especialmente por los jacobinos. En verdad, su influencia trasciende los marcos de Francia y de Europa de aquel entonces, llegando incluso a participar en la gestación de los procesos independentistas de América Latina.

Consecuente con la crítica burguesa al feudalismo y sus concepciones de fundamento religioso, con la "racionalidad" que caracterizaba el actuar económico capitalista, y con el propio racionalismo dominante en la filosofía académica de aquel entonces, los filósofos ilustrados postulan la necesidad y la posibilidad cierta de reconstruir la sociedad conforme a "los dictados de la razón".

Todo debe ser sometido ante el "tribunal supremo de la razón": el Estado y el ejercicio de la autoridad, la religión y sus dogmas, la educación y sus principios, el Derecho y las costumbres, la moral y la economía, la civilización y la cultura. Y al hacerlo así queda de manifiesto la intrínseca irracionalidad de la organización social del pasado y sus causas. La razón crítica al presente y sobre ella debe edificarse el futuro.

Pero, ¿qué entienden los enciclopedistas por "razón"? . Y ¿qué significa objetivamente esta racionalidad?

El concepto de "razón" que enunciaron difiere del concepto antiguo, y, más notoriamente, del escolástico. No debe entenderse como simple facultad o capacidad de conocimiento, sino como fuerza histórica de discernimiento entre lo bueno y lo malo, entre lo justo y lo injusto, cuya raíz se encuentra en lo más íntimo de la conciencia del hombre natural.

Así entendida, la razón era postulada como universal y eterna, sin percatarse de que lo que llamaban razón no era en definitiva y objetivamente más que la racionalidad de una clase, la burguesía ascendente, cuyos intereses expresaba, complementada con el "sentido común" del hombre medio en las condiciones históricas precisas de aquella época.

El optimismo racionalista de los ilustrados exponía la idea del necesario triunfo de la razón, pero no en cuanto se afirmara que "todo lo real es racional", como Hegel, o que vivimos en el mejor de los mundos racionalmente posibles, en que cree Leibniz, sino en la medida en que la razón se introduzca en lo más íntimo de los hombres y en las propias estructuras sociales, como resultado de algún tipo de proceso de transformación histórica.

J.J. Rousseau comparte en general estas concepciones; pero expresa particulares puntos de vista frente a importantes problemas, lo que lo hace el más significativo de los filósofos ilustrados, tanto por su influencia política como por su superior aporte al pensamiento social posterior. En efecto, Rousseau expresaba las ideas más avanzadas de la burguesía de su tiempo; debemos dedicarle por tanto párrafo aparte.

Los fundamentos de la filosofía política de Rousseau

Rousseau ha sido llamado "filósofo del sentimiento". No es éste ciertamente un apelativo adecuado, puesto que compartía el racionalismo de sus contemporáneos; lo que sí hizo fue adelantar un paso importante en la comprensión de las raíces del pensamiento racional, al fundarlo sobre la sensibilidad. Los sentidos externos y la sensibilidad interior son la base de todo conocimiento, de tal modo que la racionalidad no es absoluta, incondicionada, sino derivada y motivada por elementos extrínsecos a ella. Esto que afirma Rousseau es un paso adelante en la correcta comprensión de la razón, e incluso un antecedente de la afirmación materialista dialéctica de que las ideas son reflejo de la experiencia y racionalizan intereses primarios. Al respecto, es explícito Rousseau cuando afirma en la Primera parte de su "Discurso sobre el Origen y Fundamento de la Desigualdad entre los Hombres": "Seríame fácil, si me fuera necesario, apoyar lo expuesto con hechos y hacer ver que en todas las naciones del mundo los progresos del espíritu han sido absolutamente proporcionales a las necesidades naturales o a las que las circunstancias hayan sujetado y por consiguiente a las pasiones que arrastraran a la satisfacción de tales necesidades". Y más adelante agrega: "Cuanto más medito sobre

este punto, más crece a nuestra vista la distancia que media entre las sensaciones puras y los simples conocimientos, siendo imposible concebir que un hombre hubiera podido por sus propios esfuerzos, sin el auxilio de la comunicación y sin el aguijón de la necesidad, franquear tan grande intervalo”.

Ahora bien, Rousseau no saca de esta concepción todas las conclusiones materialistas, y es así que cuando habla de la razón natural que se funda sobre necesidades básicas y sobre relaciones sociales, no concluye sin embargo en afirmar racionalidades distintas derivadas de distintas situaciones de clase.

Sigue pensando que la racionalidad burguesa es la verdadera racionalidad humana.

Junto a esto y en íntima vinculación con lo señalado, desde Rousseau toma cuerpo la filosofía política, esto es, la filosofía que se formula a partir de inquietudes de orden social y con intención de modificar estructuras políticas y formas de organización de la sociedad. Y al hacerlo, Rousseau se nos muestra como verdadero filósofo, por cuanto sus investigaciones versan sobre los grandes problemas que ocuparon la atención filosófica a través de siglos: el problema del conocimiento, de la naturaleza del hombre, de las leyes que presiden el pensar racional y el encuentro de la verdad; pero a estos problemas les otorga desde el comienzo una dimensión política. Con ello Rousseau adquiere las características del filósofo revolucionario.

Como la razón se desarrolla en íntima vinculación con las necesidades humanas y sociales, la filosofía debe ser útil. Así, el conocimiento del hombre encuentra su motivación central en la necesidad de descubrir las raíces de la desigualdad y los fundamentos de un orden social superior. Lo señala expresamente: “El más útil y el menos avanzado de los conocimientos humanos es, en mi concepto, el relacionado con el hombre”. Y agrega luego: “Porque, ¿cómo conocer la fuente de la desigualdad entre los hombres si antes no se les conoce a ellos”. (Del prefacio sobre “El Origen y los Fundamentos de la Desigualdad entre los Hombres”).

La crítica social de Rousseau

La crítica social de Rousseau al antiguo régimen, que formula sobre fundamentos ético-rationales, es más realista y profunda que la de sus contemporáneos. Aquella sociedad absolutista que consagraba la desigualdad y la ausencia de libertad es juzgada a partir de la concepción racional del estado natural del hombre, concibiendo éste no como su situación incivilizada y primitiva, sino como un “ideal” postulado como hipótesis racional de lo óptimo. Con la vara de este concepto del “hombre natural” se juzga la sociedad histórica concreta. “Considerando la sociedad humana con mirada tranquila y desinteresada, me parece que no se descubre en ella otra cosa que la violencia de los poderosos y la opresión de los débiles”. (Op. cit.). Pero Rousseau no se contenta con afirmar la irracionalidad, sino que apunta a la comprensión de la causa de los males sociales.

Al respecto, su principal aportación la constituye la indicación de que el abandono del estado natural del hombre está dado principalmente por el surgimiento de la división social del trabajo, la formación de la propiedad privada y el ejercicio despótico de la autoridad. Pone al descubierto el carácter anti-natural de la propiedad privada, la división del trabajo y la opresión política, y, consecuentemente, de la

propia desigualdad social entre los hombres. Da al traste con el orden establecido.

Podemos comprender mejor el alcance de su pensamiento citando directamente al autor: "El primero a quien, después de cercar un terreno, se le ocurrió decir "esto es mío", y halló personas bastante sencillas para creerle, fue el verdadero fundador de la sociedad civil. ¡Cuántos crímenes, guerras, miserias y horrores habría ahorrado al género humano el que, arrancando las estacas o arrasando el foso, hubiera gritado a sus semejantes: "Guardaos de escuchar a este impostor; estáis perdidos si olvidáis que los frutos son de todos y que la tierra no es de nadie!". (Del "Discurso sobre el Origen y Desigualdad entre los Hombres", Primera parte).

Rousseau apunta su crítica a la propiedad de la tierra, en conformidad con la lucha de la burguesía industrial contra los terratenientes feudales; con respecto a otra propiedad, afirma su legitimidad sobre la base del trabajo invertido en la producción. Pero al hacerlo destruye la idea de la propiedad como derecho natural, y en definitiva la legitimará sólo como resultado de un pacto social.

"Mientras los hombres se contentaron con sus rústicas cabañas, mientras se limitaron a coser sus vestidos de pieles con espinas o aristas...; en una palabra, mientras se dedicaron a obras que uno solo podía hacer y a las artes que no exigían el concurso de muchas manos, vivieron libres, sanos, buenos y dichosos, hasta donde podían serlo dada su naturaleza, y continuaron gozando de las dulzuras de un comercio independiente; pero desde el instante en que un hombre tuvo necesidad del auxilio de otro, desde que se dio cuenta de que era útil para uno tener provisiones para dos, la igualdad desapareció, la propiedad privada fue un hecho, el trabajo se hizo necesario y las extensas selvas transformáronse en risueñas campiñas que fue preciso regar con el sudor de los hombres, y en las cuales viose pronto la esclavitud y la miseria germinar al mismo tiempo que germinaban y crecían las mieses". (Del "Discurso...", Segunda parte).

Vemos en este párrafo, aunque aún en forma confusa pero como un genial adelanto de lo que sostendría después en forma científica el marxismo, la vinculación que existe entre el desarrollo de las fuerzas productivas, la socialización y la división social del trabajo, la propiedad privada de los medios de producción, y la explotación del hombre por el hombre y la miseria consecuente.

En cuanto a la legitimación de la autoridad y las formas despóticas de su ejercicio, Rousseau dice: "Ningún hombre tiene por naturaleza autoridad sobre su semejante puesto que la fuerza no constituye derecho alguno". Y agrega: "Renunciar a su libertad es renunciar a su condición de hombre, a los derechos de la humanidad y aun a sus deberes. No hay resarcimiento alguno posible para quien renuncia a todo. Semejante renunciación es incompatible con la naturaleza del hombre; despojarse de la libertad es despojarse de moralidad. En fin, es una convención fútil y contradictoria estipular de una parte una autoridad absoluta y de la otra una obediencia sin límites...". (El Contrato Social". libro I, Cap, IV).

El ideal político burgués

De la crítica social al antiguo régimen, cuyos rasgos más aguzados hemos destacado, pasa Rousseau a la postulación del que debe ser el nuevo orden social sobre los fundamentos de la razón. No se tratará de volver al estado primitivo, pues el desarrollo de la

civilización es un hecho irreversible, sino avanzar hacia un nuevo estado a través de un doble proceso que debe darse simultáneamente en los planos colectivo e individual. Por una parte, debe cambiarse a los individuos a través de la educación, y, por otra, debe reestructurarse la sociedad sobre las bases de un nuevo derecho fundado sobre la voluntad general.

Este nuevo estado que el hombre debe alcanzar en la sociedad no es el llamado estado natural, sino el "estado civil". Este consiste en "una forma de asociación que defienda y proteja con la fuerza común la persona y los bienes de cada asociado, y por la cual cada uno, uniéndose a todos, no obedezca sino a sí mismo y permanezca tan libre como antes". ("El Contrato Social", libro I, Cap. VI).

En otras palabras, la propiedad privada se garantiza, pero no ya fundándola sobre la fuerza, sino sobre la ley, a través de un título de propiedad. Del mismo modo la libertad deja de ser un derecho ilimitado, sino que se hace formal, se enmarca en determinadas leyes que todos deben aceptar y cuya transgresión es castigada por la autoridad. Esta se levanta no sobre el poder del más fuerte, sino sobre la decisión soberana del pueblo expresada democráticamente a través del sufragio; así, se supone que al obedecer a la autoridad se está obedeciendo la propia voluntad mayoritaria.

Esta sociedad civil se construye a partir del llamado pacto o contrato social, que es un "acto de asociación que convierte la persona particular de cada contratante, en un cuerpo normal y colectivo, compuesto de tantos miembros como votos tiene la asamblea, la cual recibe de este mismo acto su unidad, su yo común, su vida y su voluntad. La persona pública que se constituye así por la unión de todas las demás tomaba en otro tiempo el nombre de ciudad y hoy el de república o cuerpo político, el cual es denominado Estado cuando es activo. Potencia en comparación con sus semejantes. En cuanto a los asociados, éstos toman colectivamente el nombre de pueblo y particularmente el de ciudadanos, como partícipes de la autoridad soberana, y súbditos, por estar sometidos a las leyes del Estado". ("El Contrato Social", libro I, Cap. VI).

El funcionamiento armónico de este esquema de estructura social se funda sobre el supuesto de la existencia de un bien común determinante de una voluntad general indestructible. No cuenta un hecho básico: las distintas formas en que los hombres se relacionan con el aparato productivo determina la existencia de clases sociales con intereses contrapuestos. No hay en efecto un auténtico bien común ni una voluntad general en una sociedad en que, por mantenerse la propiedad privada sobre los medios de producción, se encuentra dividida en clases sociales. Y lo que hacen los ilustrados es considerar como bien común y como voluntad general no otra cosa que el bien y la voluntad de una clase, la burguesía.

A pesar de ello, Rousseau alcanza a percatarse que su contrato social es frágil en su estructura y dinamismo, pues advierte que "cuando los vínculos sociales comienzan a debilitarse y el Estado a languidecer; cuando los intereses particulares comienzan a hacerse sentir y las pequeñas sociedades a influir sobre la general, altérase el interés común, y la unanimidad desaparece; la voluntad general no sintetiza ya la voluntad de todos; surgen contradicciones y debates y la opinión más sana encuentra contendientes... y pasan subrepticamente, bajo el nombre de leyes, decretos inicuos que tienen únicamente como objeto un interés particular". ("El Contrato Social", libro IV, Cap. I).

Por ello, y para evitar el desorden, se hace necesario, como complemento al pacto social, establecer una forma de educación de los ciudadanos, que desarrolle el lazo social en lo más íntimo de sus corazones; en palabras nuestras, la educación debe socializar a los individuos y formarlos para la vida ciudadana, conforme a los intereses de la burguesía.

Las bases históricas y teóricas del socialismo utópico

Si analizamos con lógica contemporánea de base proletaria el pensamiento roussoniano, encontraremos un desajuste evidente entre su crítica social y sus postulaciones políticas. En efecto, la profundidad de la crítica al pasado histórico y los términos en que se expone conducirían a la postulación de una sociedad comunista, sin clases, sin propiedad privada, sin aparato estatal de dominación, y no al planteo de un régimen social donde la propiedad privada y el ejercicio de la dominación política quedan asegurados para una clase, sobre la base del supuesto consenso colectivo y la voluntad general...

Pero en aquel tiempo las condiciones históricas no estaban maduras para la postulación realista del socialismo. Era posible la formulación de un comunismo al estilo del expuesto por Tomás Moro en su "Utopía"; pero Rousseau y los ilustrados estaban suficientemente comprometidos en la lucha política concreta como para dedicarse a sueños de poetas, y, además, enraizados en una clase social cuyos intereses y conciencia les indicaban un determinado proyecto histórico, el capitalismo, que la humanidad debía recorrer en su desarrollo hacia formas superiores de organización social.

Sólo posteriormente, con el triunfo y consolidación del capitalismo, con el surgimiento de sus contradicciones internas, con la formación de una nueva clase social —el proletariado— que sufre nuevas formas de explotación, la idea socialista se desenvolvería pujante; primero en forma utópica a partir de la propia argumentación racionalista, y luego en forma científica, sobre bases materialistas y dialécticas.

En efecto, el sistema capitalista terminó por implantarse dejando atrás el modo de producción feudal, y la burguesía tomó las riendas del poder desplazando a la nobleza. Se estableció, tras enconada lucha, el orden social burgués. Y se hizo al mismo tiempo patente el desajuste entre la teoría y la práctica, entre el proyecto ideal y la organización real de la sociedad. El régimen capitalista, levantado al calor de las ideas racionalistas de los ilustrados y enarbolando las banderas de la Igualdad, la Libertad, la Justicia y la Fraternidad, dista mucho de responder a lo esperado; es más bien una caricatura o un remedo que sólo permite visualizar la imagen propuesta para quien vive en él en condiciones privilegiadas. En efecto, la igualdad no puede descubrirse por ningún lado, como lo patentizan las enormes distancias sociales que, lejos de disminuir, se agudizan; la igualdad ante la ley queda como una consigna estéril cuando no la garantiza la igualdad real entre los hombres y sus posibilidades. La libertad por su parte es sólo la de algunos, las clases dominantes, quedando en la opresión las enormes masas asalariadas que permanecen dominadas en condición miserable. La justicia, si pasó, no se ha dejado ver. Y la fraternidad se manifiesta en la enconada lucha entre explotadores y explotados, y aun entre los primeros como una despiadada competencia.

Con todo, el régimen capitalista significó un avance considerable en relación

a cualquiera de los órdenes sociales anteriores. Permitió un desarrollo inmenso de las fuerzas productivas; la sociedad alcanzó un grado de organización superior y más complejo; y, sobre todo, se crearon las bases para el término de la explotación del hombre por el hombre. En efecto, más allá de la lucha de la burguesía contra la nobleza, permanecía latente la lucha entre los explotadores y los explotados. La burguesía industrial crea junto a sí a la clase trabajadora, al proletariado, que será la clase social llamada a sustituirla. Al nacer, la burguesía crea a su lado a su propio sepulturero.

Pero en aquellos tiempos el capitalismo no estaba aún suficientemente desarrollado como para que esta clase fuera un efectivo peligro; el proletariado no tenía aún la fuerza y la organización, la conciencia y la visión como para entrar a cuestionar el liderazgo histórico que la burguesía había asumido. Pero empezaba a hacerse notar, más que por su fuerza, por su debilidad; o mejor dicho, más que como poder revolucionario, como clase despojada, sometida, viviendo en condiciones miserables. Mostraba por presencia el error de los ilustrados que creían que el capitalismo aseguraría el bienestar general.

Así, cuestionado el régimen capitalista por los hechos, habrían de surgir los hombres que lo cuestionaran en las ideas. Surgen nuevas concepciones políticas, hasta que se va configurando la idea socialista en su forma utópica.

Saint-Simon, Fourier, Owen

Entre los socialistas utópicos, predecesores directos del socialismo científico de Marx y Engels, pueden contarse numerosos pensadores, cada uno de los cuales hizo sus particulares aportes y desarrolló determinados aspectos del nuevo ideal social que empezaba a vislumbrarse. Así nos podemos encontrar con Tomás Moro, Campanella, Morelly, Weitling, Restif de la Bretonne, Meslier, Brey, Dézamy, Winstanley, Morris, Chernichevski y muchos otros; pero, sin lugar a dudas, quienes tienen mayor significación y hacen un aporte más substantivo a la formación del pensamiento socialista son Saint-Simon, Fourier y Owen.

Estos pensadores políticos revolucionarios eran tributarios del pensamiento ilustrado, de cuya fuente se había nutrido y con cuyos principios habrían de hacer la crítica al sistema burgués, del mismo modo como aquéllos lo habían hecho con el régimen feudal; formularían también un nuevo ideal político, un nuevo modelo de organización social.

Saint-Simon era joven cuando estalló la Revolución Francesa, a la que caracteriza, dando un paso importante por sobre sus contemporáneos, como un proceso antagónico entre la clase trabajadora y la clase ociosa; es decir, directa y claramente como una lucha de clases. Esta concepción le entrega perspectivas nuevas para abordar los problemas sociales y políticos. Entre otras ideas básicas destacó que las estructuras económicas son la base de las instituciones políticas, y que, siendo así, la política consiste fundamentalmente en dirección económica; al plantear que en el gobierno político la administración sobre los hombres debe dejar paso a la administración de las cosas y a la dirección de los procesos productivos, formula un antecedente importante de la teoría de la abolición del Estado en la sociedad comunista.

Ahora bien, a partir de estas ideas básicas, y sobre la base de la experiencia de los

extremismos que comprobó en el proceso de la Revolución Francesa en el período del despotismo ilustrado y del terror de los descamisados, Saint-Simon formula que la dirección política de la sociedad debe ser asumida por una alianza entre la ciencia y la industria, o más explícitamente, por los científicos académicos y los industriales y banqueros. A partir de allí, plantea que en la sociedad el trabajo debe ser actividad fundamental de todos los hombres, la educación debe vincularse con aquél, y ambos deben convertirse en actividades humanas que permitan el desarrollo de la personalidad. La economía debe planificarse en su desarrollo para que sea armónica, y a nivel internacional deben crearse relaciones que aseguren un desenvolvimiento pacífico de la convivencia entre las naciones.

En síntesis, Saint-Simon no alcanza aún a formular la idea socialista, pero hace importantes adelantos en torno a diferentes aspectos de aquélla, que habrían ser de alguna forma incorporados al socialismo, previo desarrollo en los demás socialistas utópicos. Engels señala que en la amplitud genial de conceptos de Saint-Simon se contienen ya en germen todas las ideas no estrictamente económicas de los socialistas utópicos posteriores.

Fourier destaca principalmente por su crítica al mundo burgués y a sus ideólogos, y por su concepción del desarrollo de la historia universal. Desnuda las relaciones sociales de la sociedad capitalista, mostrando sus injusticias y miserias, y cómo ella se edifica sobre la base de la opresión. Denuncia la falsedad de las relaciones entre los sexos y la posición oprimida en que se encuentra la mujer en esta sociedad. Junto a ello, desenmascara a los ideólogos burgueses que hacían la apología del sistema, y compara sus ideas altisonantes con la descarnada realidad que las niega en todas partes.

Este pensador hace además un aporte significativo al estudio de la historia, al dividir su desarrollo en cuatro etapas: el salvajismo, la barbarie, el patriarcado y la civilización, siendo esta última la época burguesa, en la que "el orden civilizado eleva a una forma compleja, ambigua, equívoca e hipócrita todos aquellos vicios que la barbarie practicaba en medio de la mayor sencillez". (Citado por Engels en "Del Socialismo utópico al socialismo científico").

Pero Fourier no se queda en la mera crítica, sino que formula también ideas que configuran un ideal político más o menos definido. Postula una sociedad en la que la propiedad privada, si bien no totalmente abolida, pierde mucha significación. Define asimismo la propiedad social como la base fundamental de una "sociedad armónica", en la que el trabajo no es una carga, sino un verdadero juego que el hombre realiza por el propio placer que le otorga. Postula la necesidad de romper con la división social del trabajo en manual e intelectual, y aun afirma que cada individuo debe cambiar constantemente de ocupación, a través de sesiones cortas de trabajo. La sociedad ideal es visualizada como una comunidad de comunidades, esto es, como un conjunto de sociedades intermedias que se regulan y relacionan armónicamente unas con otras.

Roberto Owen, industrial inglés formado en el pensamiento de los materialistas del siglo XVIII, destaca no tanto por su pensamiento especulativo en torno a los ideales políticos, como por su acción concreta en orden a materializar ideas reformistas, y, posteriormente, por sus luchas junto a los trabajadores por impulsar la idea comunista.

Como empresario e industrial, Owen se esforzó por organizar sus empresas de

acuerdo a las nuevas ideas reformistas. Disminuyó el horario de trabajo de sus operarios, y mejoró las condiciones de vida de sus familias, preocupándose además de la educación de sus hijos. Estableció regímenes de trabajo más humano, y se esforzó permanentemente por combinar la productividad de sus inversiones con sus ideas de benefactor de los trabajadores. Pero en este propio esfuerzo empresarial llevado adelante con la contradicción entre la racionalidad privada capitalista y la intención social subjetiva, fue adquiriendo conciencia de que era necesario ir más allá. Fue así como estudiando la formación de las utilidades de sus empresas llega a la conclusión de que son el fruto del trabajo de sus operarios.

De allí a la formulación del ideal comunista no había más que un paso, sobre todo cuando sostiene que las inmensas fuerzas productivas, que hasta allí sólo habían servido para que se enriquecieran unos cuantos y para la esclavización de las masas, eran las bases para una reconstrucción social y estaban llamadas a trabajar solamente para el bienestar colectivo, como propiedad colectiva de todos los miembros de la sociedad (Engels).

Partiendo de esto, Owen se orienta hacia la lucha política a la cabeza de las organizaciones gremiales de los obreros. Son innumerables las conquistas sociales que éstos obtienen y que están vinculadas al nombre de Owen.

En cuanto a los aportes de Owen en el plano de las ideas socialistas, éstos se concretan por una parte en la consideración de que los obstáculos principales para el proceso de reforma social que postula lo constituyen la propiedad privada, la religión y la forma actual del matrimonio burgués. Por otra parte, sus ideas sobre el ideal social están expresadas a través de innumerables estudios técnicos, en los que describe las formas del funcionamiento de una economía comunista, a partir de modelos detallados de organización de empresas colectivas y de cooperativas de consumo y de producción. Naturalmente estos modelos debían quedar necesariamente en la idea, pues no estaban claros los procedimientos para su materialización, ni estaban maduras las condiciones para su éxito.

Limitaciones del socialismo utópico

Sin duda el socialismo utópico es un precedente importante para la formación del marxismo; hace de nexo o etapa intermedia, en el desarrollo del pensamiento político, entre el racionalismo materialista de los filósofos ilustrados y la teoría científica del materialismo histórico. Es el reflejo ideológico de capas sociales que viven la contradicción entre el pensamiento liberal y su realidad práctica.

Ahora bien el carácter utópico del pensamiento de estos autores está dado por tres factores principales, que constituyen sus limitaciones intrínsecas. En primer lugar, la crítica al modo de producción capitalista y a sus estructuras políticas es realizada desde la propia ideología burguesa; en efecto, son los principios del pensamiento liberal los que sirven de vara de medir y de crítica a la propia realidad del sistema; por tanto, es una crítica que no logra trascender de los marcos del régimen burgués, por lo que permanece en el plano de lo ideológico, sin alcanzar la cientificidad, es decir, sin encontrar la raíz determinante de los males sociales. En segundo lugar, el modelo de comunismo que se postula es ideal y trasciende las posibilidades históricas concretas de la situación

económica y política; la mística en algunos y el tecnicismo en otros se traducen en modelos fantásticos de sociedad que permanecen en el ámbito de las fantasías sociales. Y en tercer lugar, los medios postulados para alcanzar dicha sociedad no son en absoluto eficaces: la propaganda, la prédica moral hecha a los empresarios e industriales o el decreto dictado por el aparato gobernante burgués no conducen ciertamente al verdadero socialismo. Por todo ello, el socialismo utópico en la práctica no consiste sino en intentos más o menos adelantados de reformismo social.

Hacia la formación del socialismo científico

Marx y Engels recogieron posteriormente de los utopistas la idea socialista en general y muchos aspectos particulares de la misma. Pero le dieron, superando el carácter utópico anterior, una dimensión profundamente científica. En efecto, la crítica al modo de producción capitalista ya no se hizo a partir de las concepciones ideológicas de la burguesía, sino a través del análisis objetivo de las contradicciones internas del sistema y a través del conocimiento de las leyes que rigen su desenvolvimiento. Esto era posible a partir de la postura teórico-revolucionaria que se funda sobre la clase obrera, cuya misión histórica y cuya posición en el proceso productivo le permiten y fundamentan la más radical y profunda negación teórico-práctica del capitalismo.

Del mismo modo, la idea socialista como proyecto histórico concreto de la clase obrera ha perdido su carácter utópico. A partir del análisis del propio capitalismo, surge la necesidad inevitable de su sustitución por un régimen socialista, que no es sino la primera etapa inevitable para avanzar posteriormente hacia la sociedad comunista, en la que pueden alcanzarse los ideales más sentidos por la humanidad a través de los siglos. Pero antes de ello debe implantarse el socialismo, cumpliendo la misión histórica de suprimir la propiedad privada sobre los medios de producción, y, sobre la base de la propiedad social, construir una sociedad sin clases, que permite un sostenido desarrollo de las fuerzas productivas. Una vez realizadas tales metas se abren las perspectivas de un verdadero comunismo.

Y para suplantarse el capitalismo y construir el socialismo, Marx y Engels formularon el único camino adecuado que garantiza su éxito: la revolución socialista, realizada por las más amplias capas de trabajadores y dirigida por la clase obrera y sus vanguardias sociales y políticas. Se define así una política en forma científica, donde estrategia y tácticas quedan delineadas a grandes rasgos, y en cuya implementación concreta se requiere el permanente análisis científico de las condiciones y situaciones concretas de cada momento.

En posteriores capítulos tendremos oportunidad de conocer los contenidos específicos tanto de la crítica marxista al modo de producción capitalista como la teoría del socialismo y el comunismo y los problemas del proceso revolucionario y del período de transición del capitalismo al socialismo. Por ahora nos hemos limitado a indicar el camino recorrido por el pensamiento político, desde los filósofos ilustrados, pasando por los socialistas utópicos, hasta Marx y Engels, para ver las fuentes teóricas de la gestación del socialismo científico. Pero antes de terminar este capítulo debemos abordar, aunque sea brevemente, un importante problema de la teoría política que se nos plantea a partir del análisis hecho. Es el de las relaciones entre utopías y proyectos históricos, y entre proyectos históricos científicos y proyectos históricos ideológicos.

Utopía y proyecto histórico

En el desarrollo de este análisis hemos utilizado reiteradamente los conceptos de "utopía" y "proyecto histórico", para referirnos a formas distintas de "ideales sociales y políticos". Es importante detenernos un poco en estos conceptos, porque son instrumentos teórico-metodológicos de gran importancia para el análisis del pensamiento político.

Desde muy antiguo los hombres han formulado sus ideales con respecto a las formas de organización de la sociedad. De una forma u otra los encontramos en Platón y en Aristóteles, en San Agustín y en Santo Tomás, y en general en todos los grandes pensadores. En algunos casos se trata de utopías y en otros, de proyectos históricos. ¿Qué es lo que establece la diferencia?

El materialismo histórico ha demostrado que la historia de la humanidad es básicamente la historia de la lucha entre las clases sociales antagónicas. Derivadas de la situación objetiva de las clases en el conjunto de la sociedad y a partir de sus relaciones específicas en los diferentes modos de producción de los bienes y servicios, las clases sociales tienen intereses determinados, objetivos, de los cuales toman tarde o temprano lúcida conciencia. Estos intereses de las clases se manifiestan en dos planos: los intereses inmediatos en el contexto del sistema en que se desarrollan y nacen y los intereses mediatos o definitorios, que tienden a provocar en su beneficio transformaciones profundas en las estructuras económicas, sociales, políticas y culturales. Estos intereses últimos, racionalizados por pensadores que los reflejan adecuadamente, determinan lo que podemos llamar provisoriamente la "conciencia posible" de una clase, esto es, el máximo de inteligibilidad que es dable alcanzar desde la posición particular en que una clase social se encuentra, a partir de cuya inteligibilidad se plantean objetivos de organización general de la sociedad que podemos llamar "proyectos históricos". Entendemos pues por tales los objetivos de la acción histórica de las clases sociales fundamentales de un determinado modo de producción. Fundados sobre sus intereses objetivos, y siendo estas clases las determinantes del proceso social, tales proyectos de acción, en la perspectiva de organizar la totalidad de la vida social en torno a ellos, son factibles de materializar, y por tanto no pertenecen al mundo de lo utópico, sino al de lo posible, o, incluso, en algunos casos, al de lo inevitable, cuando así lo sugiere el desarrollo objetivo de las leyes que rigen el desenvolvimiento de la historia. Con este concepto podemos por tanto clasificar como proyectos históricos tanto el democrático-burgués expresado por los pensadores del liberalismo, como el socialista-proletario, expresado básicamente por el pensamiento marxista.

Distinta es la situación de las utopías, que se definen precisamente por lo inaccesible de sus metas ideales. Las utopías no se formulan como racionalización adecuada de los intereses objetivos y básicos de las clases sociales antagónicas y fundamentales de un sistema, sino a partir de los niveles de conciencia posible de grupos o clases sociales secundarias, o por procesos lógico-deductivos elaborados por pensadores aislados que viven la contradicción social desde fuera de ella, más como espectadores que como protagonistas, o como actores secundarios. A esta categoría pertenecen los ideales políticos de los comunistas utópicos, o, más cercanos a nosotros, las ideas de armonía social

o de reformismo pequeño-burgués que afloran periódicamente en las capas medias de la población en períodos de agudización de la lucha de clases.

Ahora bien, ya vimos como no todo proyecto histórico formulado a partir de los intereses de las clases sociales fundamentales se traduce en la práctica social de acuerdo con las ideologías que los sustentan. Es el caso señalado del desajuste entre el ideal político burgués y la realidad del orden social fundado por la burguesía. En realidad, esta concordancia es dable esperarla sólo cuando el modelo propuesto surge de una comprensión científica de la realidad y de las posibilidades que ella abre en determinado momento, a partir de los caminos indicados por la comprensión de las posibilidades concretas que están dadas por las leyes históricas objetivas. Para ser más explícito, únicamente con el materialismo histórico como teoría científica del desarrollo social y como herramienta metodológica para el análisis concreto de las condiciones concretas, se abre la posibilidad de elaborar modelos científicos de organización social; y esto porque sólo a partir de las posiciones objetivas de la clase obrera la humanidad adquiere el poder de guiar verdaderamente la historia y prever sus desarrollos, empezando por la revolución que termina con los antagonismos de clases y continuando con la planificación del desarrollo social, en que por primera vez en forma efectiva es posible la incorporación de la racionalidad, es decir, la dirección racional del proceso de desenvolvimiento social.